

**PABLO DE ROKHA**

---

**MORFOLOGIA**

**D E L**

**ESPANTO**

---

**ditorial**

**“MULTITUD”**

---

**1**

**9**

**4**

**2**

"It is certain that Chile today, thanks to the word of Vicente Huidobro (1891), Pablo de Rokha (1894), and Pablo Neruda (1904), is the poetic center of Latin-América".

"Es un hecho indiscutible que hoy, gracias a la palabra de Vicente Huidobro (1891), Pablo de Rokha (1894), y Pablo Neruda (1904), Chile, es el centro de la poesía de Latino-América".

H. R. HAYS

"XXth CENTURY LATIN-AMERICAN POETRY", "DECISION", NEW-YORK, Director: KLAUS MANN.

N.º 5, VOLUMEN 1, PAGINA 49, MAYO DE 1941.

## OBRAS DE PABLO DE ROKHA

—"LOS GEMIDOS", poemas, 1922. Ed. Cóndor, agotada.  
—"U", poema, 1927. Ed. Nascimento, agotada.  
—"HEROISMO SIN ALEGRIA", ensayos, 1927, agotada.  
—"SATANAS", poema, 1927, Klog. Ed., agotada.  
—"SURAMERICA", poema, 1927, edición limitada, numerada, de 150 ejemplares, agotada.  
—"ECUACION", canto de la fórmula estética, 1929, Klog. Ed, agotada.  
—"ESCRITURA DE RAIMUNDO CONTRERAS", poema,

1929, Klog. Ed.  
—"CANTO DE TRINCHERA", poema, 1933. Editorial Walton, agotada.  
—"JESUCRISTO", poema, 1930-1933, 1.a edición agotada; 2.a edición, Editorial "Antares", agotada.  
—"ODA A LA MEMORIA DE GORKI", 1936, agotada.  
—"GRAN TEMPERATURA", poemas (1937). Editorial Ereilla, 1937.  
—"MORFOLOGIA DEL ESPANTO", epopeyas.

PROXIMAMENTE: "CARTA MAGNA DE CHILE", epopeya.

## MORFOLOGIA DEL ESPANTO EPOPEYAS

Edición limitada, numerada, de 500 ejemplares, firmados.

Ejemplar No. 325

Precio \$ 50.-

Inscripción N.º

*Pablo de Rokha*

# TEORIA DEL ARTE PROLETARIO

Enfrentados a la naturaleza y al hombre interno, al gran enigma que plantea la existencia, peleando entre el ser y el no ser, su verificación dialéctica, a la sombra tremenda y sobrenatural de los símbolos, contestamos en este lenguaje, en el cual la eternidad relampaguea.

¿Anhelaríamos espantar los monstruos y los fantasmas, hablando la lengua tremenda de los monstruos y los fantasmas? Nó. Como los monstruos y los fantasmas son lenguaje, lenguaje que se azota y se destaca y se derrumba, entre eclipses y puñales, contra las águilas, este lenguaje no es el lenguaje de ellos, sino que ellos son este lenguaje; (porque todo gran lenguaje es fantasmal y monstruoso, cuando no sugiere, sino que contiene y ES las cosas): he ahí, entonces, que nosotros los guerreros y los matemáticos y los verdugos del arte, le estamos ya tocando las entrañas a la Poesía, al formular, dormidos, los términos del enorme e insobornable dilema de nuestro delirio, que es nuestro destino y nuestra gran alcurnia de jornaleros amarillos y aterrados de lo maravilloso.

En aquel instante, de frecuencia tan siniestra, en el cual agoniza la substancia, emergiendo de lo inorgánico y la destrucción nueva y recia, la flor de lo podrido, irrumpe la máquina mágica del poema, báquica y trágica.

Todo el caos se precipita hacia las hachas de su garganta; rugen los toros, los cadáveres, los sapos y las culebras viudas, en la ceniza ardida del instinto, adentro de quien hay una araña creciendo de la descomposición, y un mar-océano degollado, mostrando el espinazo a las sabandijas, que sonrían, en actitud de estatuas; los antepasados echan frío y humo entre sus tinieblas.

Así presenta su frente el canto a la cuchilla del sol, el que le eseupe una cruz negra e inmortal entre los biceps.

¿Escribo lo enigmático? Precisamente. Lo enigmático se produce aquí, como un régimen, en virtud de la claridad que estalla el fenómeno estético, de su luz imperial y matemática, de aquél orden peligrosísimo que devino mito divino, liturgia e himno o cábala trágica, abracadabra y mundo, orden del desorden, orden dramáticamente dramático, como expresión de lo dramático. No buscamos el horror, lo espantoso resulta de la arquitectura verbal de esta vieja pirámide, que estamos creando, en este instante. Establecidos en el vértice del estallido universal, dirigido por nosotros, en donde reside el espíritu, la atmósfera crucial, estelar, total de lo existente, la dinámica de lo agónico, cogemos los cabellos del rayo nupcial, en los siglos mínimos, en que la vida pare, muere, nace e impone su poder impávido, echando a rodar cabelleras de vírgenes, por inmensos ríos de pus, rajando vientres de flores con dentaduras espantosas, que pertenecen a animales muertos en aquellos tiempos, hollando bellos e inmarcesibles cuerpos de mujeres idolatradas. De tal manera, lo extraño divide lo humano, invadiéndolo, asistimos al paraíso de los vestiglos o los endriagos, y la ruina es equivalente a la criatura recién nacida.

Estamos, ahora, entrando a otro mundo, al mundo en el cual la antigua geografía del mundo, flamea como una escoba nacional, en los funerales del miserable.

Entonces, aquí, ¿por qué pedir la luz de la naturaleza, si la luz de la naturaleza alumbra, únicamente, en la naturaleza? Los rebuznos sublimes como talones, en los que se expresa la conciencia, no os servirán para definir lo indefinible, como le sirven, por ejemplo, los cuernos al profesor de filosofía. Además, rechazad lo inefable por lo inefable y la hechicería, pero, ¡cuidado con los gazapos!...

La buena fe de la montaña deshabitada, no le inhibe para parir un león de sangre, arrojándolo, desde las entrañas de las palabras, contra las murallas del objeto artístico, dominador del objeto religioso-filosófico.

Pero, si una imagen huye, entonces, como una joven vaca, a la cual va a violar un sacerdote de Jesneristo, yo le echo una gran lanzada a la garganta y la someto a la organización estética, porque no es bueno que nadie camine solo en la sociedad de las metáforas. Pues todo deriva del método, es decir, de la unidad

del método y sus finalidades, tronchando los obstáculos. De lo que se desprende, que, fondo y forma son lo mismo, y, cuando el núcleo crece y crece el volumen, los mostos revientan los zunenos, estableciéndose aquella feliz cintura de espumas, que es la satisfacción completa. Cuando creamos, todo lo sabemos, como cuando lloramos. Solamente que la sabiduría del vaticinio, la voz popular de los bardos, no ADIVINA, EVIDENCIA, no **profetiza**, ESTRUCTURA los mundos amados del gran génesis, no creando afuera, ES, es lo creado, la inmortalidad de lo creado, y el hábito sobrenatural que le imprimen las rugientes masas sociales, aclamándolo en las cocineras y en los lechos gozosos de los vendimiadores.

Como el mundo todo es el hombre y las relaciones del hombre, los cantos son lo humano extrapotente, gritando en el relampagueo de las hachas usadas y el castigo social, el advenimiento de la maternidad inmortal, redimiendo al irredento.

Nosotros os entregamos la verdad, no como animal maneado de matadero, sino como un estadio vital, como un país superior de signos, adentro del cual, halláis la verdad, porque está la verdad, porque es la verdad, desde el momento en el que vuestra planta, troncha la cabeza de sus héroes muertos, en todas las batallas de la tierra. Quien toma contacto con nuestra gran negrura, se transforma en definitivamente iluminador sol eterno. Por lo tanto, no es posible pedir al cantador que cante, si todos ignoran cuando está callado, y afirman que está llorando, cuando está pensando que los cantos no son pensados.

Nada es arbitrario, todo es regulado en las comunas del arte.

Un orden tremendo domina sus fronteras, en donde resurge el inconsciente, trayendo en su hocico feroz el sentido de la vida. Pero, a tal escala de valores, sólo responde un abecedario, que entienden quienes abandonaron el entendimiento, a la entrada de los abismos subterráneos, alumbrando los espantos escalonados, con un incendio de veneno: la intuición, bestia del pantano boreal, vestida de paloma. Es definitivamente **inútil**, **pretender** comprender, abrazar, entender el cuerpo del canto con la razón humana. Como todas las cosas se definen por su utilización, y los fenómenos estéticos sólo sirven para SER el universo, en cada minuto de sus pirámides, aquel que persigue usar el arte, usufructuando su grande misterio, como usa el hierro y usa las máquinas y usa el fuego, o, simplemente, el fusil invernal de su desesperación, se aterrará, como quien, al ir a agarrar un huevo, agarra un sapo que le saluda, atentamente, como cualquier difunto bien educado, exclamando: señor, ¿es Ud. su sombra? Porque, ¡ay! de quien no fué azotado y crucificado y calumniado en su memoria, siete veces siete, y sufrió martirio y escarnio, y entendió lo heroico, por haber estado cantando, desollado vivo, en la sal quemante de todos los desiertos, mientras la luna sangraba su palidez azul de culebra mal comprendida, ¡ay! de aquel, digo, ¡ay! de aquel que presume el gran menester y oficio del creador, para colmar la vida superflua!... Nó, pantanosos mercaderes de lo divino, nó, sudorosos comerciantes, que engendráis, entre pítanza y pítanza, el monstruo de lo roñoso, en lo roñoso, como quien se traga la propia saliva, para no ir a buscar agua a la montaña santa, nó, animales de despreciable **costumbre municipal**, olvidados de nosotros, por vosotros mismos, y huid de los mártires y los héroes, de los héroes y los mártires de la literatura, si no queréis regresar a vuestros pesebres, suciamente burgueses, con el corazón carbonizado por LA POESIA!... Sí, porque, nunca nadie regresó de ella, si no se suicidó primero, como animal urbano. Y, únicamente, herido y escarnecido, sobre las más altas montañas, se escribieron los acentos incomparables de los inmortales de Dios, de los esenciales de la sociedad, porque son los pueblos hablando, nó, clamando, no por la misericordia y el perdón criminal, sino por la justicia insobornada y terrible.

Aquellos que afirman que manejan una pluma y son poetas, si son poetas, se equivocan: empuñan la gran espada de fuego del arcángel paradisíaco, la gran cuchilla del fundador de ciudades y de naciones y del descubridor y conquistador de océanos, la

gran hacha sagrada del pirata, coronada de calaveras e inmensas cosechas tremendas.

Sólo, únicamente, somos escritores, expresadores, creadores de la belleza total; pero la belleza es la verdad, la única verdad, la verdad total, la última verdad, la belleza es la verdad de todas las verdades, más la verdad de la belleza, es la verdad social y la verdad moral del mundo; por lo tanto, quien escribe sirve al pueblo, porque escribe, cuando la escritura es la epopeya del individuo. Sólo, únicamente, somos escritores, es decir, pueblo en trance de expresión, pueblo en armas, pueblo que talla y levanta y clava su corazón entre los hechos eternos, condicionando la historia. No estamos al servicio del pueblo, porque somos el pueblo, el pueblo que ruje, clamante, contra el azote del explotador imperialista, como un león de dolor, montado por esclavos, estremeciéndose en las mismas vísceras del universo, con rugido desperado de planeta que se escombra.

No queremos lo inteligible, queremos lo intuible por lo intuible, no queremos los fenómenos mentales o intelectuales o conceptuales, queremos los fenómenos intuitivos, INTUITIVOS, no intelectivos, queremos el arte por el hombre, en función de la sociedad ardiendo.

Todo gran poema de todo gran poeta es claro, porque lo obscuro es lo irrealizado; pero es claro, con relación a su organización técnica, con relación a su espíritu, como es claro un toro, un volcán, un niño, una gran cosecha de granos: ¿entendéis la Gran Muralla China? Yo no escribo para que me comprendáis, —escribo para comprenderme, y, comprendiéndome, me defiende de quienes pretenden comprenderme. Arrodiados, y, entrad adentro de la catedral del poema, si sois capaces de respirar la atmósfera del poema, sin que vuestros pulmones ACOSTUMBRADOS, estallen, como un pejesapo en la máquina neumática, o como la panza jocunda del banquero, frente a una idea. Yo deseo entregar el universo, en virtud de la sociedad, yo deseo expresar el destino del hombre. Yo deseo ordenar el mundo y la significación del mundo, en estos cantos viejos de lo inédito, que son lo inédito, porque son estilo y estrategia literaria. No voy creando estética, voy creando la materia de la estética. Y, como la inteligencia es la garra humana y la pezuña de lo útil, clavada en la civilización, es imbécil buscar la cantidad maravillosa del canto, como un hecho de conciencia, como es imbécil "MODULAR" la filosofía, y es imbécil vestir de obispo o de rana a una escoba, que declama, tranquilamente, versos de tonto en celo, en cualquiera recepción diplomática.

Aquí, presente, está lo enigmático y terrible de la naturaleza, lo problemático del ser, que vive, en virtud de que muere, obteniendo su identidad de la suma de los contrarios, y su unidad, su relampagueante unidad, de los términos antagónicos, que le hacen posible lo enigmático y lo problemático y la ferocidad inmortal de la vida: su síntesis bio-dinámica.

Mordiendo el pan del soldado, años de años, la sal militar de lo heroico, el sable rugiente, que emerge, entre las banderas despedazadas, chorreando sangre de héroes, la atroz disciplina cuartelaria, la servidumbre eminente y formidable del fin dramático, viven los poetas, a la orilla del abismo territorial del régimen, polvorosos y arrasados por un simoun terrible, que brama espanto, desde los cuatro ojos de la tierra, sujetándose las acuchilladas entrañas. Sí, son tiempos oscuros, y una gloriosa lluvia de terror nos desgarras las espaldas, como un Dios furioso. ¿Cómo, nosotros, todos, nosotros los naufragos, que no han de naufragar jamás, nosotros, habríamos de cantar la saciedad de los hambrientos, los rostros más llagados que llorados y goteados del extraño cotidiano, que es un pañuelo rasgado, ensangrentado, flameando entre arriados y tronchados pabellones de esclavitud, en los subterráneos de la desgracia, que es una gran catedral, una gran catedral de lágrimas, a la cual lamerá un perro de pueblos, con la lengua cortada del hereje, en aquel crepúsculo final, al final del límite final, en donde concluyen todas las cosas, y empieza el caos a llenar de vacío la nada vacía, lacia y estupefacta, como un pecho de fantasma?... Agenos a la irresponsabilidad del usufructuario y del oportunista, ignorados o menospreciados, como pingajos, por el gobernante infeliz, hinchado de gobierno mediocre, seboso e indecoroso, como la cocina clandestina de la casa de putas, mordidos por los perros jocundos, que son la policía del capitalista-fascista, vivimos la gran soledad horrorosa de los desterrados de

todas las patrias del mundo, trabajando nuestro oficio de maestros de invierno. No intentéis, pues, sorprender la vieja estrella del navío y la artesanía del creador, porque el hombre, que es, formidablemente el artista, se defiende con su herramienta, defendiendo su herramienta, su derecho a la dignidad de ser crucificado entre cien ladrones, como algo suyo, por derecho de conquista, ganado con la espada desenvainada, en la gran batalla con el infinito, y vosotros, ¡oh! desalmados, queréis robar la majestad de la desgracia divina, a quien, coronado de pálidas lágrimas, la obtuvo como destino y ufanía...

Si ESTAMOS en la vía pública, con las entrañas en la mano, ¿cómo queréis que SALGAMOS a la vía pública con las entrañas en la mano? El escritor es la criatura de las plazas públicas. Desnudo y escarneado, está, medio a medio del universo y la sociedad humana, mostrando a los extraños, inadaptado, el drama de sus vísceras.

La historia de la humanidad es la historia de nuestra miseria y nuestra grandeza. Sus capitanes, sus santos, sus conductores de pueblos, sus caudillos y sus patriarcas, sus magos, sus profetas, sus políticos, sus sibilas, todos los mitos sociales y los Mesías, se han expresado en los grandes poetas de todos los siglos. Y, ahora, los filibusteros de Chile, los "ANIMITAS MILAGROSAS" del oportunismo de penitenciaría, los cuatreros santos, se levantan, alimentados por nuestro ingenuo potencial heroico. Echado en su colchón de pobreza, gritando y abandonado entre sus cuatro murallas de tristeza, gritando su soledad, sí, gritando su soledad y su majestad herida, el gran poeta parece un pelele maravilloso, precisamente porque es una gran águila, que anidó en un corral de gallinero. Además, estimados filisteos, recordad que todo ser extraordinario crea su propia escala de valores.

Ni son, ni suceden en el arte las cosas, como son y suceden en la tierra. El tiempo-imagen es allí lo que las categorías temporal-espaciales son en los fenómenos de conciencia y, en donde, terribles de hipótesis, en donde, contradiciéndose, sobreponiéndose, lloraron los años-luz, la desaparición colosal de las viejas estrellas, grita un orden estético, el nombre de las apariencias. El rito bautismal del mundo se reproduce, diariamente, en el poema, derramando sangre humana, sobre la cabeza de la realidad recién nacida.

Si no escucháis la voz doméstica de vuestros parientes, ni el bostezo de vuestros pechos o vuestros sueños, fotografiados como cocodrilos venturosos, en el feliz pantano burgués, ni la patada de asno de vuestro pensamiento dominguero, si no escucháis en el fenómeno estético la comparación y el símbolo falaz del universo, escucháis vivir y morir la humanidad y los antepasados, escucháis la humanidad y su batalla de siglos, por el destino del hombre, arrinconado por debajo de la razón humana, escucháis el significado esencial de la materia y la humanidad futura. A través del individuo poderoso, miraréis la multitud, soberbiamente desgraciada, a través del héroe, los gloriosos muertos de Dios y su categoría. Yo no me ofrezco, como una res carneada en el ara santa de los sacrificios, para entretener la rabia sádica del público fatal de los lacayos; nó; nó me doy, sangrando, como los dioses suicidas, a vuestra locura de teóforos de lo maravilloso, porque el arte no es el sobaco de aquella gran carnicería de divinidades, que es la ciencia. ¡Oíd! ¡Oís las trompetas del advenimiento del sol, encima del concepto de su utilidad fundamental, con relación a los graneros?

Pero, la universalidad del hecho artístico, su numen trágico y ecuménico, elaborado en lo pan-humano, y, depositario de la riqueza experimental de los milenios, su resplandor mundial no le inhibe, como pequeña grandeza cotidiana, en cuanto materia de lo bello.

Nada del "ensueño" de los fabricantes de ideales, nada de la FANTASIA FANTASIOSA, de los que anhelan "la irrealidad artística; nó; la única realidad es la realidad artística, y, la realidad artística es la expresión de la identidad del universo, porque sólo el arte raja los límites del individuo, y el deslinde entre el individuo y el universo, entre el universo y el individuo. He ahí, por qué lo bueno y lo malo pierden su sentido, confrontados con la verdad estética. Sólo lo fallido, estéticamente, es lo inmoral, por IRREALIZADO, por ser un núcleo que no alcanzó la periferia, un viejo feto muerto en la urna nativa: lo romántico, la ramazón tronchada de un asombroso árbol arrecido.

Desde en donde concluye lo individual y comienza lo uni-

versal, a la misma orilla del abismo sin nombre y trágico, desde los subsuelos del ser, cargados de espanto elemental, desde los fondos ardidados y oscuros, en los que gravitan las larvas de los espantosos hemisferios del subconsciente, los sueños muertos, los actos falsos, lo confuso maravilloso, la religión se arrastra colgada a las entrañas del arte, gritando su actitud herida; que no habrá de lograr nunca la expresión buscada por los siglos de los siglos.

¿Qué queréis entender?, os emplazo furiosamente. ¿Qué queréis entender?, ¿pretendéis entender un poema, como entendéis un caballo? O sois lo suficientemente idiotas, como para querer describir lo indescriptible? Porque, adentro del arte, suceden los acontecimientos, no como suceden en lo objetivo transitorio, sino como suceden en donde NO suceden las apariencias, totalmente redimidas del tiempo-espacio. ¿Qué queréis entender? Empapelado de "ideas", el hombre olvidó sus orígenes, rompió el cordón umbilical con lo infinito, y, únicamente, el arte podría restituírle la divinidad perdida, es decir, el espíritu SANTO de la tierra y de la bestia. Los oscuros sois vosotros, porque jamás nunca gritaron los relámpagos de Jehová en vuestro corazón ciego y utilitario. Es difícil el arte, es horriblemente difícil e inminentísimo; entrar a él, es como entrar a una gran montaña de pólvora fumando un cigarro, en la majestad de la noche, nunca tan tremenda y tan sombría como el corazón del hombre; no arribáis a los océanos, a entender los océanos, sino a escuchar la soledad del mundo.

Vosotros adoráis la realidad, y la realidad no existe, la realidad es la historia, la realidad es la sociedad, y la sociedad es la lucha de clases.

El hombre existe, porque nosotros sabemos que existe, existe como expresión-acción y voluntad, como trabajo; el arte es la expresión del hombre; el arte es una enorme forma de trabajo mal remunerado, es la sociedad expresándose, la sociedad expresando al hombre, al hombre y al mundo, encadenados a la angustia total, encadenados al régimen capitalista de explotación del hombre por el hombre, encadenados a la condición enigmática del universo.

El artista es el trabajador intelectual, a quien la sociedad burguesa le ha cortado las manos y el corazón de las manos, arrancándole la lengua sagrada y pateándole las entrañas calientes y ensangrentadas, para que le alegre, llorando, sus desdichas.

Nó, distinguidos asesinos del fascismo imperialista, nó, nosotros no andamos estructurando lechos de miel para que os acostéis con vuestros queridos, en la suciedad escandalosa, en la cual engendraréis angustia y dais verijas a vuestras ideas. Nosotros gritamos el horror de la agonía capitalista, nosotros gritamos la putrefacción y la acusación omnipotente de lo podrido a lo podrido; crucificados en la horrorosa y aterrada podredumbre, con nuestros deseos extranjeros, sublimes y descompuestos, nosotros gritamos la sociedad que nace, adentro de la sociedad que muere, creando un lenguaje maravilloso, con vuestro material neutro y en derrumbe. Por eso no damos ni pedimos cuartel, en esta gran matanza, en la cual no seremos asesinados.

He ahí que mi pluma es el puñal y el fusil de los héroes acumulados en la U. R. S. S. heroica.

No escribo licores de falsete, ni sonetos de caballo parroquial, que remonta dulces pajaritos tristes o gansos cebados de prostíbulo, para entretener las siestas y las cenas de los carceleros y sus yeguas; escribo los infiernos y el libertinaje de las culturas falsificadas, sacando los cantos del barro de los cantos; escribo el estilo de la descomposición angustiosa, con el objeto de expresar el sentido de la vida en imágenes, el sentido de la vida, a través de la sociedad, el sentido de la vida, como destino, como batalla, como designio, porvenir y categoría.

Un arte proletario, para proletarios, un arte proletario, para las altas y anchas masas combatientes, a todo lo redondo del planeta, un arte proletario y subversivo, para el proletariado, en este instante guerrero, porque todo el mundo será proletario superado.

Sin embargo, aquí no existe un propósito dramático espectacular, ni un fin utilitario, que derrumbe en cataclismos de oratoria, el estertor boreal de los orígenes; estas son masas que cantan, masas que rugen horrores, masas que braman, llorando o amenazando; la universidad popular del sufrimiento, esculpe el

Chile del azote y la faena desesperada, en estos poemas chilenos y universales, criollos y universales, en los que todas las gargantas del mundo escupen sangre horrible.

Indiscutiblemente, forjamos un arte agónico y caótico de origen, el cual deviene cosmos-beligerante.

Toda la congoja del siglo viene del gran capital, porque el gran capital es tristeza y miseria acumuladas, y el tono del mundo lo dá la explotación capitalista. Costumbre y sueño, reflejan la economía, y es de condición económica la ecuación de la relación hombre a hombre. Gentes del sur del orbe, nuestras terribles mantas abrigau corazones de navegantes, golpeados por el huracán de lo antagónico, y nuestra bandera negra, está consagrada a la divinidad oceánica, está bañada de dioses fúnebres, está azotada por los vientos corsarios de la plusvalía y el régimen. La tiranía de la burguesía espantosa, nos colocó fuera de la ley urbana, y somos salvajes, encadenados a un abismo. Nadie nos escucha, sino nuestros enemigos y los esclavos de nuestros enemigos, todos como lobos, el impostor nos acusa y nos difama, y la bestia cebada en la pitanza burocrática, nos da colazos en el honor, comiendo su santo afrecho en la República. El bandido de Dios no lee; come y roba la comida a sus semejantes. Por eso, nosotros, trabajadores intelectuales, soldados del gran ejército de los humillados y los ofendidos sociales, montamos guardia, cuadrados, frente a frente a la humanidad futura. Martirio y rol sangriento, crucificados en la verdad popular, por el pueblo, y por todos los pueblos del mundo.

Terrosos y ensangrentados, somos pueblo, pueblo terroso y ensangrentado, en persecución de su imagen.

Por muchos milenios, naufragaría mi lenguaje, adentro de los pueblos de mis antepasados, desgarrándose y depurándose, hasta hacerse masa frutal en mi espíritu. Por eso, la tradición popular me pertenece. De catástrofe en catástrofe, rodando siglos abajo, como caballo sin heredad, mi estilo se alimentaba de edades y acontecimientos, para la gran empresa de producir el verbo de la unidad, entre la vida y la muerte. Porque, la antítesis existencial origina mi poesía, que es la voz tronchada de las multitudes y las muchedumbres de mi época, contradiciéndome. Lo blanco total y lo negro total pelean en nosotros; yo me desplazo entre una tesis y una síntesis, entrechocándome, con mi propio corazón, y su expresión aguda de antítesis, entrechocándome con la propia lámpara, con todo aquello que creamos, como luz en la gran tiniebla, con el esqueleto del pensamiento; en las tinajas de fermentación de mi instinto, están hirviendo juntas todas las formas y las sombras del universo. Soy un pueblo que habla, un pueblo que anda, un pueblo que ama, bramando, entre todos los pueblos, EL PUEBLO INTERNACIONAL y ETERNO.

Por tanto, trabajo la personal epopeya, con la epopeya nacional y universal de los trabajadores, como el único modo de conocerme y superarme, como individuo.

Mi acción es equivalente en posibilidades sociales, a la acción del obrero manual, mi hermano; como yo sólo soy un obrero de la inmensa y tremenda construcción de la humanidad, hacia la sociedad sin clases, la comunidad es la finalidad de mi creación, y la clase obrera, mi clase; soy la clase obrera, ni la adulo, ni la conduzco, la expreso, soy su expresión aterradora, soy la Hoz y el Martillo de la literatura.

El pueblo es la gran oreja, que se escucha a sí misma, el oído del infinito infinito, montado, medio a medio de las más inmensas torres del orbe "INTERNACIONAL", el pabellón que flamea y resuena en la majestad humana.

Poetas del pueblo, pueblo, nos buscamos, arañándonos con gritazos organizados, como máquinas o como fábricas, en el estertor de la burguesía imperialista, buscando lo PAN-HUMANO universal, en el país tronador y pétreo, que come porotos de presidio, roncando a la orilla del gran océano. Sí, la eternidad nos azota y nos desgarrar el lomo de varones fuertes, como tigres americanos. Pero, nosotros hemos jurado con juramento tremendo, vivir adentro de las llamas, escarbando el fuego con los huesos y el sueño, escarbando los antiguos mitos, con el puñal del estilo, entre las ruinas sagradas de los orígenes y los regímenes, escarbando la huella de Dios en las sepulturas y en las asambleas, malditos, heridos, divinos...

Entre los mundos y los tiempos.

# LENGUA Y SOLLOZO



Domando errores y padecimientos, Winétt, con acento mundial, se hace posible esta gran magia trágica y sublimemente heroica del arte, adentro de la cual construye el hombre la misma congoja, y la unidad, que Cervantes y Job, o Esquilo, estructuraron, encadenando lo antagónico.

Tú, la criatura más vecina mía de estos extraños mundos de soledad y horror definitivos, poeta y ángel de las penumbras, recoge en tu corazón inmortal este alarido grande y ecuménico, quizá uno de los últimos y más tremendamente acerbos que formule, porque ya la garganta se me está llenando de ceniza y eternidad, como los sepulcros, y los huesos son como puertos sin mercadería.

Hecho de piedra y hierro fuí, como un túnel internacional; soy varón probado en la batalla; pero el fuego de adentro me calcinó el espíritu con su garrotazo tenebroso, y, he aquí su expresión sangrienta, que entiendes tú, únicamente única, como creadora e intuitiva.

Explica a nuestros copiosos hijos: Carlos, el gran poeta niño, entre todos los Demonios del cielo y del mundo; Lukó, en la cual estalla, como un siglo, la granada azul de la pintura; Juana Inés, que encontró la cadena de jacintos divinos, que une panales y guitarras en una y sola luz de melodía; José, el cual araña las entrañas de Dios con la caricatura; Pablo, que habrá de forjar estupendos edificios libertarios, para que habiten los futuros hombres rojos; Laura, aterrándose a la orilla de un nido de perdiz edificado en la poesía; Flor, expresión del sol y el mar en un capullo, en el que resuenen los pasos helados de los antepasados; y dirígete a los 2 heridos, que se hundieron en la naturaleza, enlutando, para siempre nunca, el pabellón social de los de Rokha con la gran claridad negra que desprenden, desde adentro del abismo, enseñándoles cómo esos tremendos ecos son lo mismo que aquel que bebiese rojos, hirvientes, alegres mostos en un lagar forjado con su propio y terrible cuero, y se echase a bramar al gran animal fugaz, que durmió en tan abrigada y olorosa pesebrera, entre naranjas y manzanas de entraña, cuando la tempestad acuchillaba el horizonte, coronándolo de yataganes y rugidos, como los soldados de Chile.

Todo, y como yo, es tuyo y del clán familiar heroico, "MORFOLOGIA DEL ESPANTO" y en tí, morena y universal, descansa antes del viaje obscuro hacia la humanidad que adviene, desgarrándose.

# EL HUASO DE LICANTEN ARREA SU INFINITO CON- TRA EL HURACAN DE LOS ORIGENES

Todo es uno, uno es todo y funciona, enarbolado contra su  
imágen,  
sin embargo, yo existo porque yo escribo, soy único, únicamente  
único, y ahí radica la tragedia, que es el degolladero de  
todas las campanas,  
y mi conducta es mi caballo, sí, gritando, como un nogal herido,  
entre las grandes bayonetas.

Necesito bramar ditirambos y matemática, integérrimo, cate-  
górico, ecuménico,  
decir el dios nacional, que contiene un depósito de petróleo, ho-  
rriblemente degollado, y suda horrores y gusanos,  
y la sombra lluviosa y de León, que está muy detrás de la materia,  
el deslumbramiento de la unidad, el cual levanta un chorro de  
sangre, adentro del pulmón del mundo, adentro, obscura,  
de la agonía de la esperanza geológica, adentro de los  
pantanos originarios,

la verdad gutural de las cavernas de la poesía, suciamente infinita.

Guerrea mi abismo contra mi abismo,  
y mi congoja contra la paloma de la humanidad, contra su origen-  
perro,  
contra los dioses idiotas de iluminaciones, figura  
sin trompetas, de la cual yo soy el gran cadáver.

Andando, me voy andando, andándome,  
persiguiéndome, como quien se mordiese la cabeza, dramática-  
mente, como  
quien se mordiese las propias banderas,  
como quien se mordiese la columna roja y ardiente que le crece  
y le hiere el infinito,  
con su gran temporal de sangre;

estalla mi estilo en indescriptible suceso, madura su desarrollo,  
afronta la construcción angustiosa de lo extraordinario,  
criado con relámpagos,

yo retorno a la inmortalidad, de hito en hito,  
y he regresado al pueblo de fuego, en el cual gravita un círculo,  
que deviene inabordable;  
entonces, sale un buitre del hocico de Dios, o un terrible cerdo,  
tan negro  
como la leche, de esta gran cama furiosa y mundial, en la que estoy  
sembrando grandes soldados muertos por la quijada de  
Caín, y emigran,  
volando, dos esqueletos que parecen azucenas  
o casas en descanso o piedras rabiosas, que atacan a dentelladas  
a un pajarito o lunas en arriendo  
o águilas, que conducen bueyes amarillos.

Una gran piedra de sepulcro brama en mi corazón, por los  
siglos de los siglos, la angustia de tener cortada la  
cabeza,  
el honor de hablar un lenguaje que entienden, únicamente, los  
desgraciados,  
la rabia y la pena de no tener rabia ni pena, sino un león de hierro,  
amarrado a una estatua caída,  
y un sol crucificado, medio a medio de la boca.

Sí, la edad temporal me sitúa entre los catres y sus patíbulos,  
pero soy viejo, como el mundo, y alto y ancho como el mundo y,  
como el mundo, incendiadas las barbas malvadas tengo,  
rugía  
como un anciano toro, cuando nacía y venía regresando de la  
eternidad, completamente desnudo;

sin embargo, me crecen parrones y sarmientos del pellejo, o aquella ceniza tremenda de Shakespeare, que ruge en todos los naufragios, entre los poetas que zozobran; porque uno es tan eterno, como la empuñadura del cuchillo o tan eterno, como su camisa o como su bravura, pero, pero el tambor del pecho se nos desgarrá entre la roja pólvora.

Comiendo fusiles heridos y extraño dulce de zapatos, yo viajo gritando, con un huracán atravesado en el gaznate, y una bandera roja, empuñada como un revólver, o la cabeza de mi enemigo.

Ensillo mi orangután cuartago y, galopadamente, diviso, desde mi montura, la eternidad y sus riberas, saco el lazo y apegualo al animal del mundo, y las espuelas me cantan, a dos guitarras, la tonada universal de los degolladeros; mi abuelo fué un cadáver, del cual salían muchos ríos y una gran patagua negra, nací del maíz arrinconado en el sarcófago de un Faraón, que peleó con el león egipcio, y me amamantaron tres serpientes viudas, sumamente aficionadas a la baraja; como ardidos ulpos de aguardiente entrañable con dinamita, en anchos jarros de palo de sapo, y duermo en colchones aborígenes, entre sepulcros y palancas, abrazando a una montaña de cien años, con la cual yo ando casado hace dos milenios y medio;

moriré cuando se me acabe la figura, definitivamente, y ya no pueda dármele con mi rifle de tristes varones universales, y una flor con pabellón de fuego,

porque me estaré ahorcando por adelantado; soy soldado del regimiento de jornaleros y enterradores extranjeros, soy fusilador oficial de la poesía, soy el patriarca de Rokha, fundador de tribu y conductor, tetrarca de clan pirata, varón de ley de la clase obrera; prefiero ser arriero a mariscal de la Legión de Honor de la Mesopotamia,

chanchito a genio floreal, o impostor adentro de la literatura, alimentada con pajaritos de azúcar, y sol usado, Dios o verdugo melancólico, a artista divinoide o asteroide, florido de lagunas; manejo mi hacha de cuatrero y mi farol de profesor de filosofía, con santo espanto nacional, remoliendo en todas las tabernas y las posadas de la antigüedad española; tengo un tanque amarrado a una bandera, ¡cómo brama!, ¡cómo grita!,

y, ¡cómo aúlla!, lamiéndoles las carcajadas a los cien cóndores a bencina, que vigilan mi gran caverna, cuando yo parto a cazar guitarras con mi escopeta de azucenas!; porque afirmo es porque conozco y porque distingo y porque soy el que soy, entre los poetas, y porque ¿por qué mi corazón es un barril de piedad acusado de asesino?, sí, lo comprendo, perfectamente, a la vecindad de este gimiente océano, que asusta;

comiendo vino asado, vivo adentro del viento eterno, contra mis símbolos rebota la rabia sagrada de la naturaleza, y gravito

con mi soledad de tiburón en la mano izquierda; como soy astrólogo, y como la canción nacional me crece entre los dientes,

echo tanto humo, como una gran encina, y bramo, azotándome, contra las piedras preñadas del cielo.

Voy a crear el mundo, de nuevo, en siete días: el primer día, crearé una pareja de ranas, tan altas como la catedral de Reims, con dos cuernos tremendos en el hocico, el segundo día, un poeta con cabeza de muerto, y pies enormes, el tercer día, los cuatro gusanos del Apocalipsis, uno de los que

debe llamarse Job, y ser amarillo y tartamudo, como el rinoceronte,

el cuarto día, un cerdo cantor, viejo y especialista en enfermedades mentales,

el quinto día, una vaca viuda de Walt Whitman, canonizada por el Papa Eunuco XIII, y enamorada de Jesucristo, el conocido presidiario de Judea,

el sexto día, un mar de botellas de vino, en el cual cantan desnudas, completamente, todas las señoras de la Roma Imperial y Babilonia,

y el séptimo día, un asno sagrado y cargado de mierda, que está diciendo misa con pigüelo y sopaipillas infinitas, en un altar de barriles de aguardiente obispado...

después, me echaré a descansar, como los santos de la antigüedad, que dormían con cincuenta putas benditas, en camisa, me compraré una ballena roja, para montar a caballo, y un arado para sembrar estampillas de correo, horrorosamente destruidas, en el océano tremendo,

y me quedaré dormido, completamente, adentro de un peñasco furioso.

Si un zapato llora por sus hijitos, o la botella desesperada del régimen, anda sin calzones, dad vuestro pan de acero al sediento y asesinos frente a frente, porque todas las cosas, en estado normal, tienen la cabeza iluminada, aparte del gaznate, por el estupor de los sueños frustrados; el marido de la piedra pateá a su esposa, como completamente todos los caballeros, y yo la escucho gemir, con el pelo en desorden, he ahí, entonces, por qué tengo la chaqueta encanecida, como las estatuas;

como, naturalmente, como espadas asadas o viejos roperos de arriendo, con aceitunas desvestidas en caldo de sapo santo,

soy robusto, como escaño de aldea, y echo enormes, tremantes, horribles lenguas de fuego, de adentro del cuerpo;

remeciendo el gallinero nacional, braman los patos macabros, entonces

los casi escucho, a conciencia de que no son toros, ni águilas, ni son potros del universo, libre y fuerte como el pegual del arriero,

sino inocentes e inofensivos traficantes de Dios, que andan borrachos.

Así como el bastón al peón, le debe servirle para asar patrones, o para labrar astas de banderas rojas,

yo ando trayendo mi ataúd domesticado, el cual aúlla, terriblemente, cuando nos topamos con el cementerio: sí, son encinas paridas, aquellas que sollozan, horriblemente desnudas, como fieras doncellas muertas, medio a medio del huracán nocturno,

y el alarido de las montañas desenganchadas por las catástrofes, es el que perfuma las chimeneas del hogar, en la gran resina de las hogueras y sus ríos de viento tremendo, forjado de pechos guerreros, entre los cuales los fusiles del Señor, estallan,

porque yo tengo, adentro, el resplandor de las batallas del hombre y la naturaleza,

y huelo al cuero del cielo, calcinado en las parrillas sacrosantas y estupendas, en las que se derriten los sebos eternos para hacer nada;

frecuentemente me encuentro completamente hirviendo en un lagar de sangre caliente,

y, como soy cabo segundo en retiro, ordeño mi parrón gutural y le arranco whisky de las tetas,

o le arranco un volantín cocido en aguardiente, o le arranco una gran sopera de porotos con oro y ostras, cuyas perlas están engastadas a hermosas corbatas importadas por el Emperador de la China,

a un barco de vela, que va cruzando los sembrados,  
y, acaso, a una cómoda de ébano, incrustada de poesías de señoritas  
muy vírgenes, entremedio del espantoso mar cosmopolita,  
porque es el agricultor el que construye las ciudades;  
comprendo por qué no comprendo, por qué voy desde la creación  
del ombligo, solo conmigo al hombro, solo y tan solo  
como la multitud desesperada,

el sombrero de acero de los manzanos de Setiembre,  
me pertenece completamente, porque me pertenece el vino del  
trigo y las matas panzudas y olorosas, y, sin embargo,  
el vacío me escarba las entrañas con un fusil colosal y enmohecido,  
que relincha entre los otros caballos, llorando y atropellando las  
apariencias y las criaturas,

“poncho de huaso, huaso de poncho”, exclaman las gallinas en sus  
iglesias,

como no, carajos, me digo, y le pego una gran patada al burro  
que me acomete, entre coroneles desventurados,  
y mulas rampantes o anchas yeguas santas y canónigos.

Semillas del mundo, abejas, tarros de azúcar,  
por cuyo destino los zánganos y los académicos abonan sus capis  
de diabetes, de colitis, llenos de hojas secas y vestiglos,  
o endulzan el treponema sifilítico de las esposas del Señor, pálidas  
como la espiroqueta pálida,

ahí la cochina burguesía fascista, condiciona el uso del mundo,  
exactamente como si la jibia fabricase tinta en la vejiga,  
para que el sodomita escriba porquerías distinguidas,  
sobre las siete maneras y media de ahogarse por el  
trasero,

o de asesinador de “rotos”, se alquile al piojo de los lacayos.

Alegremente, cincho mi asno de montura, con el aparejo do-  
minguero, y monto,

después de haberme echado dos tragos de fuego con ají al cuerpo,  
jurando, por todos los demonios del universo,

dar la línea del hombre a mi siglo y a mi pueblo, en el poema;

un complot sideral me persigue, azotándome el costillar desven-  
cillado, el cual costillar se parece, posiblemente,

a aquellas viejas, inmensas murallas mojadas, sobre las cuales se  
escucha todo el frío del invierno;

al trote macabro, estirándome, voy rodando, definitivamente cua-  
drado, descuajeringándome, desacomodándome, desaclima-  
tándome,

hasta llegar a quedar completamente crucificado,

entonces, el pobre animal que yo cabalgo, se echa a llorar a gritos,  
porque cree que voy a redimir el mundo.

El cuatrero de Dios, se parece al contrabandista,  
y es tremendamente igual al pirata, conquistador de planetas des-  
venturados,

al juez asesino del esqueleto absoluto,

he ahí, por qué yo poseo trescientas tres cabezas, todas de oro y  
agua de flor, y un puñal de cañón de fusil antiguo,

y soy el intelectual, más capitán de aventureros de la pequeño-  
burguesía.

Tan largo y tan alto y tan ancho como Chile, constituyo el  
territorio nacional, de Norte a Sur y de Oriente a  
Poniente,

los caballos ensangrentados, los toros violentos y dulcemente polí-  
gamos, entre sus hembras sin espanto, la oveja completa-  
mente violeta, los chivatos y los carneros, que son  
profesores universitarios de la Hélade, las tinajas-  
bandidos-guitarras, y el tiuque de costumbre proletario-  
campesina,

se revuelcan, soberbiamente, encima de mi pecho nacional, relam-  
pagueando;

lleno de huevos de yegua o de perdiz o de vaca o de castaño, trajino  
de aldea en aldea, comerciando en monumentos,

con mi viejo loro muerto en el escudo;  
porque soy Chile y chileno, y como Chile y tomo Chile y en Chile  
Chile Chile,

manejo mi sepulcro de Chile, entrañable como pajar solo,  
lo mismo que colchón de nido de vino pascuero, en las afueras  
preciosas talquinas.

Entre Junio y Julio, mi chacolí, ennoblecido, invita a la harina  
del calabazo dieciochero,

y en jamás de los jamases habrá de faltar el pavo que se recibió  
de notario en la Universidad Católica, y el chanco con  
ojos de gato en chunchules, porque se los quité al  
burgués vecino,

mientras, más afuera, los perros hambrientos de la lluvia devoran  
obreros enfermos, y recién paridas, a la sombra de las  
iglesias.

Cien castaños de espanto dan botellas y dientes macabros o  
cometas, calaveras y azucenas y bayonetas,

desde mi vientre, azotado por todos los vientos del mundo,  
y el águila, que parece esqueleto, y es carreta, a gasolina, y con-

ducida por un chofer muerto en versos pasados,

brama, como tanque, pidiendo ulpo pigüelo,

en este enorme pecho de palo de fierro, que flamea sus grandes  
banderas de humo,

tremendamente literario y doloroso,

mientras, ladrón nacional, completamente de Temuco, vestido de  
prostituta colorada, merodea, salteándome, alrededor de  
mis definiciones;

cuatro enormes gansos, con abrigo de piel de chacal, me vienen a  
preguntar cómo se escribe Pablo,

yo les doy vino maldito, en la bacínica de Napoleón, el salteador  
de la Revolución Francesa, y les invito al martirio de  
San Jacinto, celebrado por espantajos y mamarrachos  
domesticados, en los corales democráticos,

con el objeto de entregar a cada cual lo que merece;

son los chanchos castrados de Nabucodonosor y las Pirámides  
araucanas, los piojos divinos y homosexuales,

las putas rabiosas y las mulas del Chillán del resentimiento,

los babosos, administrados por el marrueco arrebolado y por el  
trasero crepusculario, en remate, en la vía pública,

el esclavo oportunista, que aceptó hacerse maricón, por esteticismo,  
y posee tetas de tonto, compradas en París, a los cabrones “surrea-  
listas a máquina”,

desde los cuales todo lo gangoso del Freud de los gigolos, le gotea,  
los mancebos descamisados del arrabal de la literatura, ensuciando  
la hoz sagrada y el martillo, al cual dejaron más llo-  
rado que palo de gallinero...

Sí, putillos en pelotas, cuchilleros del atardecer literario,  
comerciantes criminales, os estoy haciendo la autopsia psicológica,

por si encuentro rugiendo adentro el estilo que le ro-  
baron al “Manifiesto Comunista”, o a “Los Gemidos”,  
limosneros de la burocracia ensangrentada, sacerdotes —simoníaco—  
mercachifles, degenerados, espías de Dios, trafi-  
cantes y traidores a la Internacional obrera.

Mi soledad es su cuchilla y su gangrena, siempre,  
ellos son hediondos y cobardes, frente a frente a mi doloroso he-  
roísmo proletario, de varón familiar, tranquilo y soberbio,  
capones con cría, sospechosamente amamantan su longaniza de  
discípulos,

que son efebos, aedas y augures usufructuarios del trasero del  
maestro, en el cual habitan, solteros y en camisa,  
eunucos de la religión chorreada de Sodoma,

mamarrachos, carajos deslenguados, indignos de ser queridos de  
mujeres, revolucionarios del Poniente,

invertidos del estilo infinito, fantasmas sin sexo, esporas de la  
asimetría.

Irradio un orden tremendo y frutal, el gran potencial animal,  
de aquél que es la naturaleza desencadenada,  
la piedra inmensa de la ley, lo cósmico y lo categórico,  
un mandato fenomenal, duro y redondo, como el mundo, lleno de  
fiero y terrible viento paradisíaco,  
es decir, de la época en que el hombre comía hombre  
y las señoras usaban aletas de tiburón en las axilas, y cola de perro  
en el círculo occidental del horizonte.

Llorando, los finados antepasados vienen a saludar mi onomástico,  
levantan la tapa inmóvil de sus sepulcros, se sacuden las telarañas  
de los tiempos y los sueños de la eternidad, acuchillan  
su gran fría ceniza, y, chorreando misterio tremendo,  
los esqueletos, forrados en sus andrajos inmortales,  
tranquean hacia la casa en donde parece que parece que vivo,  
lúgubre, entre mis chunchos y mis buhos, y, como estoy  
en todas y en ninguna parte,  
sentados, acurrucados en el sueño fundamental y negro de los des-  
venturados, se diluyen;  
sí, porque mi corazón está entre los vivos y los muertos, con la  
pierna derecha en la luz, y la pierna izquierda, gritando,  
al otro lado, al otro lado de la luz, al otro;  
atropellando cunas y tumbas, galopo en los acorazados blindados,  
que amamanto con vino ardido,  
tratando de arrancar de la muerte, persiguiéndola, tratando de  
cazarla y matarla, tratando de apretarle el gáznate con  
la argolla de mi ansiedad de infinito-absoluto,  
temiendo irme de cabeza, contra las estrellas.

Desde adentro de la tierra, ruge la noche, mostrando su puño  
de siglos y telarañas,  
el crepúsculo se quedó con la boca abierta, escuchando la gritería  
espantosa del sol, agonizando, revolcándose, ensangren-  
tado y soberbio, entre sus trompetas de fuego del cielo,  
y el gallo de los pueblos chilenos, evoca la historia del atardecer,  
y se pasa la garra por la barba.

Cuando el catre larga un escupo, y las damajuanas se ponen  
a vomitar fantasmas,  
indudablemente, asoman las orejas del invierno, y, es menester  
apertrecharse de hojitas de matico, para hacer agua de  
toronjil, porque las cuencas vacías ya remontan la  
montaña grande,  
trayendo sangre, desde antes del hombre, en la gran patada de  
los mitos;  
viviendo en el sillón de perdiz, en el cual naufragan las montañas,  
tomando en cuenta que mis abuelos eran un tiburón y una ser-  
piente, que, en ese instante, soy propietario de cien  
espantajos, y tan alegre  
como el funeral de una antigua vaca,  
combato con matapájaros de trinchera, con cachimbas Colt y  
trompetas de sacrilegio, a los inmensos piojos divinos;  
he ahí, entonces, por qué, cuando esa joven breva, a tan temprana  
edad, ya demasiado viuda,  
muestra las piernas al marrano, que está diciendo misa en taparrabos,  
con un crucifijo labrado en dos penes cruzados,  
mientras un volantín maricón le toca el piano, yo me pregunto  
cómo serían los calzones de la Magdalena.

Mi vecindario de todos los tiempos y todos los pueblos del  
mundo,  
protesta, porque ordeño la golondrina, que está amarrada con una  
gran cadena de siglos, al horcón principal de la caverna,  
porque no saben que mi mujer y yo y mis hijos, nos alimentamos  
con licor de animal católico, —ballena o ángel—,  
o de antiguos, inmensos y principales castaños, tremendamente  
plantados por Dios, en la fosa común de las pérdidas  
religiones,

o de sangre de lenguaje, con cocimiento de escudos nobiliarios.

Levanto mi escopeta, a la altura de mi dignidad herida,  
y disparo al único pájaro, completamente sentado en el cielo, él  
me saluda, y, entre sonrisas y banderas,  
va a orinar al pie de la tribuna del sol, que es una gran pantera  
de llanto;  
voy silbando entre las hogueras desesperadas, en las que crepita  
el árbol de toda la historia de la humanidad, cargado  
de leones, de señoras, de chacales y religión, llorando  
y echando resinas grandes y malditas,  
soy el hombre eterno y mortal, el mortal, soy el hombre que inventó  
el vino y el lecho de la voluptuosidad inmortal, soy el  
hombre entre hombres,  
y en mí reviven los perdidos tabú y las costumbres de los terribles  
dioses carniceros, a los que arrasó la apostasía, coma-  
drona de la idolatría, porque fueron sus pueblos pasados  
a cuchilla y pisoteados por los otros bárbaros.

Recuerdo haber peleado, como legionario romano, a horca-  
jadas sobre las pálidas águilas, a las órdenes de Julio  
César,  
fui el gran capitán corsario John Brand, y, degollé, ya muchos  
años muerto, como marino vikingo, a una docena de  
guerreros de Gran Bretaña, después de beber aguar-  
diente en los cráneos galos, de los ahorcados,  
soldado de Castilla, tomábamos guarapo con pescado, en los me-  
sones, con un manco muy macabro, mal llamado Miguel  
de Cervantes Saavedra,  
me acosté con la esposa de un rey babilonio, a quien agarré por  
las barbas, y revolqué sobre las estrellas ensangrentadas  
de su trono, entre los ídolos aterrados del sacrilegio,  
(los muy cabrones!),  
y era el centurión fantasma, que mandaba las tropas polvosas del  
Gólgota.

Caballero del Mataquito, es decir, roto de la pata rajada, chi-  
leno de güargüero de cóndor,  
capataz de gañanes, carrilano, peón del Norte, carretero, aman-  
sador de los potros de fuego del fundo de Esquilo, poeta,  
obrero de las minas de toda la vida, trillador y viñador enfurecido,  
tomo mi trago de hortigas, en mi callana, o en mi calabaza, gran-  
demente laborada, en mi canco de barro,  
y mi corazón curicano, relincha, pateando de entusiasmo.

El camarada proletario, comunista, desde las entrañas me  
comprende, y yo lo miro, rugiendo de contento,  
porque las señas tremendas y universales, que escribo aquí, en las  
losas de las tumbas abandonadas, con clavos furiosos  
de difunto y rabias de cuchillo,  
son el reto del pueblo, espantosamente muerto, a sus asesinos.

Comprendo que moriré bramando, amarillo y horroroso de  
soledad, desnudo entre dos contrarios,  
como un Dios, al gran temporal enfrentándome,  
que soy el tiburón sin filiación, entre sus esclavos, el más apuña-  
lado por la espalda de los antagónicos, —aquel feliz  
león de hierro y yeso de perro, con demasiado invierno  
por adentro—,  
el que no tuvo maestros ni discípulos, sobre la tierra,  
ni envidia, ni antepasados, ni melena, sino un enorme gancho  
mundial, tenebroso,  
con el cual grababa su nombre en la edad oscura,  
de la misma manera que paren contradicción y universos los ce-  
menterios.

Azoto el sol, cavando una gran laguna de fuego,  
en la que echaré la antítesis universal, cabalgando su esqueleto de  
ceniza,  
mientras inventó los abecedarios de América.

# U N I C A M E N T E

Fruta de tumbas o de imperios, sangre de medallas, sangre de aceitunas, sangre de banderas, y un Dios parido de cuchillas,  
todo lo mágico del vinó, del amanecer, del hierro y las dulces torcazas,  
el pan trascendental, que crece, enorme y sangriento como una vaca, en los hornos de la vida, y canta aceites de gran luna cristiana, borneando pabellones enlutados,  
la leche lluviosa de los fusiles o las vendimias o los laureles,  
lo augusto y ultramarino de las criaturas del Apocalipsis, que son inmensos derramamientos de la materia cerebral de las estrellas...

Tu configuración de miel cristalinísima, es tremendamente ardiente, como el pequeño palomar, que existe en los barcos náufragos o en el pecho de cielo de las vírgenes cosmogónicas,  
haces la tarde mirando el mar, y te defines, contra tu propia muerte,  
en canciones, en donde enormes acompañamientos fluviales, arrastran la carroza de un picaflor joven, que se ahorcó con la liga de su novia de humo,  
y a cuyos lagares, van a apagar su sed de hambre gigante, los proletarios y los campesinos sin posada,  
porque, en tí la unidad relampaguea en equivalencia entre el pétalo y el ácido, los dos pechos inmensos de una misma fruta;  
sí, desde el Paraíso Terrenal corren tus pulsos en tumulto, surgen los toros tremendos, tremendamente tremendos, que braman en la cuna de las niñas morenas,  
la brigada floral, que maúlla entre sus mantillas,  
el puñado de vino, que se derrama, gritando incubos y súcubos, precisamente, en el vientre candente y funeral de las

criaturas extraordinarias, —coronando sus rajadas noches gigantes—,  
y a las que guiará la oveja ciega de Jehová, por los abismos;  
tu juventud, se acoraza de plata repujada, como un volcán, en el que se enterraron los primeros sueños del sexo,  
y un aroma a comedor de antepasados, circunda tu actitud sublacustre;  
pero la niña herida de genio y divinidad que fuiste, porque el terror del amor te llamaba desde las amazonas de las epopeyas, y la doncellez te quemaba la entrañas, nombrándome,  
ríe aún, entre tus azucenas desgarradas por mis besos de varón de pelo en pecho,  
con aquella alegría redonda e invernal de las castañas, o las soperas esplendorosas del onomástico.

El hogar te protege, como el oriente de sangre a los héroes, como la cadena incendiada y tenebrosa del primer cristiano, o lo mismo, exactamente lo mismo  
que un jardín familiar, crecido entre mortajas y pirámides.

Winétt, panal, armería de lirio o revólver iluminado, piscina de hondos ramajes, en la cual habita un pez negro con la mirada terriblemente roja,  
tonada de campo, en las aldeas, en la que una gran ventana de familia, da a la sociedad sin clases, que parece la franca montaña llena de yeguas coloradas y potros, que son mundos rabiosos,  
vihuela de Licantén, en la cual se desnudan las chichas más sagradas del futuro,

yo te destino a este canto de macho nacional, cabalgando el universo, asentado en su montura de bruto, terrosamente chapeada en pellejo de difunto amarillo, chapeada en el cuero del pueblo del país, que sostiene agarradas las entrañas del puñal de los setenta dioses.

Tu cruz humanosocial corresponde a la golondrina, que arrendó el corazón de la ametralladora, y al clarín del fusil, adentro del cual hay una violeta bañándose, o a la heredad escolar, en donde relucen todas las cenizas de todos los ojos de América.

Conduces tu ideal omnipotente, por el engranaje negro del siglo, y una abeja blanca, pone un olivo de rubí, en la tendida mano del Todopoderoso, ceñido del horrendo frac, tuna llovida, de garzón o de poeta burocrático, tú sonríes a la mañana marcial y ecuménica, tú, en donde el huevo del sol, te ofrece su gran antología, y todos los novios del año, entre los cuales relampaguean sus vírgenes, vienen a saludar a nuestros jóvenes hijos, trayendo un ternero de inmortalidad, que pestañea, como los ópalos, cuando les van a degollar un cabello.

Pero es la naranja y su perro regalón, es la manzana y su pie de cristal de canción de gran ciudad submarina, atlántico-pacífica, es la castaña y su asno bramador, o la ciruela encinta, quien te resume, bajo su poncho de dignidad agreste, por eso aquello tan sacrosanto que envuelve al maternal mugido del establo, en la catedral colosal de la pesebrera estupenda, aquello, de aquello, de aquello, del carbón vegetal, durmiendo entre milenios, te ciñe y te unge de divinidad, entre las madres del universo y sus banderas.

Hay una campana azul echada en tu pelo, amiga, y tu cabeza está formada de golondrinas dolorosas, o del gran mar de Invierno de Talca, y, cuando sonríes, retornas a la muchacha de catorce años, que se rompía las rodillas en las novelas; las gallinas extranjeras, moribundas, de Jericó, te vienen a observar un árbol de llanto, y los sagrados gallos de Judá, te saludan desde la cumbre del Gólgota, enarbolando la flor de los volcanes, el puñal de Dios, que es la misma cabeza de Dios, convertida en amapola; tu corazón está lleno de mosto caliente, es decir, atravesado de espadas, lo mismo que la rosa más roja de las montañas, o como la vida íntima de Jesucristo.

Un libro de leche campestre, bala en tu felicidad blanca, y la agricultura te bendice, con el lenguaje de sus bueyes, porque la santidad de los surcos preñados, dá el acorde justo a tus epifanías.

Relinchan mis caballos originales en tu juventud, incendiándote, desgarrándote, arrasándote, y los búfalos y las águilas de mi desesperación heroica, escriben tu epopeya en mi epopeya, con una gran pluma de león americano, en la cual van talladas las armas de tus antepasados piratas, y un buitre inmenso de Inglaterra, todo de como bronce y sangre de espada, todo de como un metal ardiente como la palabra: HORROR, o un pétalo del pecho de las doncellas.

Pequeña eres, pero las más rotundas catedrales se te parecen exactamente

su espanto elemental, tremendo, de bosque enorme y de caverna de Dios, su atmósfera de relámpagos, su actitud de mundo y de fruta de sol, te rodean, a ti, preñada, embarazada de iluminación y congoja.

El amor sangre, el dolor sangre, el terror sangre, el fuego sangre, el agua sangre, rugen en el clan mínimo y de flor, que es tu cuerpo, a cuya potencial de número, todas las fuerzas del universo convergen, de la misma manera de las ovejas al matadero, exactamente como el toro al cual van a degollar escupe el cuero del lazo, y gozan las palomas, orinando el atardecer lugareño, a la orilla de las enormes e hirvientes marmitas.

Una gran mirada negra, echa a volar azúcar y habas santas, desde tu faz querida, en la cual comienza el crepúsculo a afilar su cuchara de armíño, y la lluvia madura, te cubre con su vestido de naranjas, mientras las hojas caídas del mundo, te picotean los zapatos desesperados.

Yo era un joven mancebo y un guerrero de Satanás, tú, aquella siempre heroína triste, acribillada por los sueños espesos y desesperados, de la gran algarina que se engendró con el horror que es el sexo y es el miedo y es el pavor de la infancia, atribulada por la virginidad, y los símbolos, acongojada por la mucha angustia, que significa la alegría, entre los cuales madura la profunda noche oriental, entre los cuales se desnudan las señoritas, entre los cuales un acordeón acaricia a una paloma, y emerge un potrero rojo, acariciando yeguas negras, adentro del potrero de tabaco y anémonas, que, como un lobo, que se mordiese el corazón, empieza a la ribera del lecho de fuego de los adolescentes, cruzado por un río de vino, en el que retozan cien amantes; te rodeé de caricias indescriptibles y canto de tinajas, que hervían amargos caldos milenarios, medio a medio de la inmensa noche coagulada, rugiendo, de formidables animales de la antigüedad y grandes fantasmas, que alargan la garganta funeral, por adentro de la tempestad de doctrinas y murallas que, inmensamente, se derrumban, generando el aparato del estilo, como el corazón de Dios entre ortigas podridas; los sapos plagiarios, los culebrones que ordeñan cocodrilos, que educan tiburones, para escribir como elefantes, el orangután versificador, las ranas sagradas, nos arrinconaron, nos mordieron, nos acorralaron contra nosotros, fuera de la ley, como vagabundos o santos, furiosos o extranjeros o asesinos de la sociedad, o héroes, nos ladraron, animándonos su gran perro amarillo, su gran cielo invertido de batracios, y nos engrandecieron, nos chorrearon de infinito y padecimiento, otorgándonos el origen de la inmortalidad y el destino, con todo su odio, adentro del cual gruñía el chanchito de Sardanápalo;

así, enormes, sobre razones acumuladas, nos crecieron estos tremendos elementos del lenguaje, que son finados depellejados que aullan, amamantados por antiguos dioses, cosas y climas sin desfigurarse, clamando, y, entre cuyos dientes, brillan la pupila de la unidad y sus síntesis, sangrienta y atronadora; mamando leche de serpientes o degolladores, nos críamos, pastoreando chacales y leones rojos, aunque un gallo bramaba, en todo lo tremendo del maderamen, hacia los cuatro vientos y los cuatro mundos de la humanidad, grandiosamente, heroicamente, furiosamente, cuando tú llorabas a la inmortalidad, echada en su automóvil incendiado,

a las riberas del gran clan familiar, circularon las arañas declamando una gran tiniebla, que les salía del estómago, el alacrán pelado y antropófago del calumniador y el difamador, en puntillas, el que el arrastra, ensombrecido, las entrañas de Dios, gritando, entre las magníficas, mortales mandíbulas, el comerciante en corazones, nos aulló en los grandes crepúsculos verdes, y el cadáver del dolor nos bramó, desde los tejados, entre murciélagos y anónimos, descolgándose, desde el Poniente, con bastante y mucha gran furia.

Huevo de violeta, laguna de aguja, puño de cigarra, a tí convergen los niños difuntos de Bernardo O'Higgins, a pedir su ración de palomas y novelas, yo te comparo, gran incomparable, a la Revolución Bolchevique.

Tragedia de sol, espada, el orégano de las victorias te destina sus augustas admoniciones.

El toronjil y el arrayán del arrollado clamoroso y sacrosanto, la yerbabuena, que parece una viuda de pueblo o una cuba de trigo feudal, y las pataguas con su conversación de señoras del Sur, la dichosa canción del cedrón provinciano, del limón y los canelos de religión, lagrimeada por la alfalfa, los queltehues, en blanco y negro de aterrada manta araucana, y los pidenes que remuelen, grandiosamente, el anochecer nacional, enarbolando su escupitajo, como los soldados de la República, el vestido de greda de pena de la menta acariciado por las loceras de Quirihue, los rotos con tordos y matico del país, te sonríen, en familiar gramática, a la cual responde la cueca morena del matrimonio, que inventamos, desde el origen del entendimiento.

Un bramido frutal, fué tu vientre, cruzado de alas, cargado de savias elementales, si el buitre del Señor te mordió las entrañas con la maternidad copiosa del castaño, y el horror nos persiguió desde los cementerios, mi corazón te exprime como un racimo de guitarras.

Recuerdas la cabellera del océano, olorosa a libertad y a mundo mundo, la sal animal del mar, sus vientos sexuales, cargados de orígenes y cochayuyo venturoso, de universos sepultados y enormes palomas de substancia, el gran cristal quebrado en los mariscos, que son la risa bendita y las vísceras, entregándose, boldos o pianos submarinos de la forma, ella, que emerge, sola, sangrienta, rota, atronadora, desde la multiplicidad de lo discontinuo, clamando el cosmos por el caos por el cosmos, ansiando la matemática y el terrible orden, como un animal muerto, a la siga de su madre, o Thor saliendo solo del todo, y haces resollar la humanidad en la naturaleza, enormemente organizada, como mito.

Tú, en las placentas de la vida bárbara, escuchando el crecimiento de las apariencias, la mística feroz de los fenómenos, el español de ladridos tremendos, que estalla en imágenes.

Aldea de Domingo, tinaja de Agosto, religión de Chile, escarbo los vocabularios lacustres, para decirte la bestial medalla despavorida, rememoro los alfabetos míticos, donde los dioses son cebollas o choapinos o culebras, o lagos inmensos, habitados por castellanos de alcohol, poblados del presagio de lo fabuloso macabro y las tinieblas de Dios, o andrajos o colchones desventurados, que deslumbran.

Terror del animal tabú, lo voy siéndolo, tabú, todo congojoso como el retrato del hombre, drama de plata, tú, y cumbre marina, gritando los peldaños de la Atlántida.

Pabellón de tristes y pobres, bayoneta colorada de la liberación comunista, figura polar, dilema y número.

Canto tu canto de ilustre material catedralicio, y te ofrezco, Winétt, mis manos cortadas de capitán, bramando estas letras negras del conjuro...

# SANCHO ROJAS CAPITAN DEL SUR DEFINE LOS AC- TOS MAGICOS

Todos están muertos, entre las sardinas y el sebo y las palomas y el vino inmortal de los barrios, les corre un río enorme, desde los ojos a la boca, errante, y lloran, por el último botón de los viejos chalecos, la bandera descolorida y el dios de las botellas y las monedas, solos.

Por muñones sangrientos, por fantasmas acometido, acorralado, acuchillado, acogotado, asesinado, pisoteado, eliminado, despedazado, con el bastón y el infierno del cerebro, oh! infeliz, mordido por asnos irreligiosos y aventureros, sin cabeza, entre su gran musculatura, y besos de muerto florecidos de espantosos caracoles.

Tu país naufragó, y tu vasija de llanto y tu columna, vas a esperar sentado la fundación del mundo, Sancho Rojas, y el derrumbe de todas las tinieblas, el instante de acometerte furiosamente.

Talca, rodeada de piedra, de un clan de angustia y piedra, rodeada de amarillo y de espanto, rodeada de horroroso, pelos y huesos de antepasado, que está de espaldas, comiéndose una cadena rota, cucharas y dentistas y maletas y bultos de loco y cinturones, espantables, que persiguen a antiguas ranas de esplendor, angustioso sol con hierro clamando, y dentadura de vidrio de siglos, espantajos de esqueleto jubilado y mariscos, que vivían en pies de naufragos, y pálidos hombres de hambre, fragante a horror genital y águilas, soledad a inmortalidad, tan moribunda, el metal y el orín del amor, que es tiempo y corona de mitos...

¡Qué terrible traje de familia, y su macabra y desnuda lección de horror, y qué piojo subversivo y pesimista, lleno de lenguas de fuego, remontando la historia, a caballo en su desesperación, mientras la lluvia saluda, enarbolando su último adiós,

desde las negras bodegas, en donde las costumbres le cosen una gran mortaja de naranjos tronchados y violetas al sol!...

Ruinoso amor deshecho, en el cual estaban las colegialas desnudas, levantándose los vestidos con tallitos de heliotropo, y había un cigarrillo apagado, en el pecho de un muerto, que tenía raíces de tigre degollado, más atrás, una gran pieza de conventillo, con la laguna del Señor, adentro, con altos caballos y buitres furiosos, asaltando a una muchacha, a la orilla de la provincia, la mujer abierta y circulada de toros y choclos de sangre, con rojos óleos, medio a medio de los cuernos, de los cuales el grande y negro era yo, antaño, encadenado, con mi cinturón de animales, en aquel ramaje esplendoroso, rojo de potros y yeguas, pastando oro con ópalos, en aquel territorio del firmamento verde, y, adentro de aquellos tiempos de fusil, el joven salvaje y provinciano, y su chaleco de piedra, y su terror y su puñal y su pasión, buscando su hembra, tú, la niña nacida, en un temporal de bayonetas.

Sí, temerario Sancho, sí, arbitrario comedor de entrañas y guitarras de esmeralda, moriste, Sancho Rojas, y caminas, muerto, de aquel paisaje gigante, de cuero de lagar de hierro de ciudad, cuadrada y furiosa, muerto, entre todos los tuyos, que humean en la eternidad, arañándose, muerto, entre los espejos muertos, las maletas muertas, los pellejos muertos, muerto y muerto, definitivamente.

De tí emerge la soledad, levantándose por encima de las montañas, la soledad que es un sudario raído y piojento; contigo se hunde el orbe antiguo y su cuchillo de puta de patíbulo, acosado de héroes degollados, en la noche de la muerte, y, que aún gritarán, con la lengua afuera,

por los siglos de los siglos, arrastrando las tripas cortadas, y tu bramido feroz, posee la realidad espantosa de lo que no existe; el terror te corroe y, mientras hay una sandía sin camisa, allí, en donde reumcharon las mandíbulas, y un escorpión en el hueco del sexo, tu esqueleto golpea las tinieblas con la gran hacha que heredaste de tus antepasados cabrones, levantando el "polvo de los siglos", la puerta helada de la humedad, en donde reside y adquiere significado lo que no existió nunca, el saco de manto de los adioses; tu animal se paña en la garganta de todas las palabras; tus trancos tenaces rajan las tablas de la obscuridad, abriendo su potrero tremendo, a todas las bestias de lo absoluto, de Oriente a Poniente, y la unanimidad rodea tu presencia fuerte; la carcajada de la mañana americana, perfuma tus latigos, bañados en aceite de pescado, comes cerdos y banderas y ranas y botellas y piojos, o un gran buey decente, que parece obispo o notario y capón de faisán o pavo maricon o ganso, o santo, o pato, o galino con alcohol de prostituta; el atardecer del romanticismo, te ofrece cien mujeres en una carreta blanca.

Deslubrador y terrible, arrasador de las cabezas de los difuntos, Sancho Rojas, los murciélagos de tu aldea tienen bramidos de espadas antiguas, en las polvorosas panopias; tu voz galopa, a horcajadas, sobre un león muerto, y eres un soldado de plata y piedra, con ojos vacíos, que posee un canasto de calaveras, colgado a la majestad del esqueleto, brillando en la antigüedad horrorosa, en la cual apaga la vela de los siglos un fantasma con su espada, que relampaguea entre azucenas extranjeras; muchacho de provincias, tremendamente crecido de acacias y puñales, en ti se levanta el clamor de los muertos, con la gran lagrima estrangulada en la garganta.

Todos van solos, y el alacrán les patea la cabeza; una hermosa vaca de ébano, pare en la fosa común, un niño de vidrio, que se pone a llorar horrorosamente, y se pone a bramar como un cerro, con la lengua inmensa, en el instante en que lame el ave descabezada, el farol del mundo y su humo doliente; sí, forzados, encadenados, presidiarios del dolor, terrosos, nos vamos nosotros a nosotros, tremendamente acometiendo, mordiéndonos, hiriéndonos, comiéndonos las vísceras crudas; y es el alcohol del corazón, esta gran bandera de barro, que patalea en las vihuelas; entre caras de luto y sexos muertos, flecos de perro, quecos negros, ¡ah! palanca desamparada, llorando, las inmensas yeguas sufren junto a los brutos, suspiran los catres toda la historia, y los braseros y las tinajas se estremecen de sollozos, contra la luna vacía de hogaño, grita el polvo a la espalda, el sol se derrumba, desesperado, en las botellas, y la voz de Dios aparece debajo de los guardapolvos, la voz de Dios, que es un ataúd degollado; a cincuenta leguas de mí, todo lo mismo, criatura de cabellera, que es un país lejano, un país de piel de viñedo muy precioso y universal, un país con tantos pájaros como cánticos, sólo tú, como saliendo de adentro de aquello, que me define; pero, tejados y ganados, todo lo remoto que tienen las costumbres, todo lo remoto, todo lo remoto, que es la voluntad de este presente tan pretérito; volantín de amor, en mundos de lluvia, cantando los cantos mojados y desplumados de Pelarco; se destiñe el mar, y el canto de los naufragios emerge, absoluto, unilateral, espantoso, manejando su tonada de esqueletos.

Desde tu muerte, un águila, yo mismo mordiendo tu cadáver, bramo, porque tu nombre, Sancho Rojas, enarbolado lo llevaron los abogados, los astrónomos, los pederastas, los fotógrafos, los boticarios, los policías y los jueces, los onanistas y los reyes, los vagabundos, los presidiarios, los marineros, los presidentes, los poetas, los sacerdotes, y los marranos amancebados del régimen, los viejos putos lesos que comen dioses, así tenía que matarte, porque tenía que matarte, y te maté, para que rugiese, eternamente, Pablo de Rokha; muerto, ¡oh! muchacho de hierro, atardeció tu parentela de patates y tías de guindado, de totora, de pigüelo y onomástico, y el velón de pasión, siempre a la orilla de los cementerios,

tú y tus borracheras, con poncho hediondo y tu causeo de difuntos, en el Maule, tu montura de pellejo de fantasma, en la cual iba la cuchilla desesperada del Inquisidor Loyola, echando infierno por las narices.

Como ella fluía esa columna de sol, que poseen las mujeres de ojos negros, y una gran lluvia obscura, le caía desde la cabellera, sobre el azúcar del pie y su campana de oro, tú, pequeño macho talquino, te suicidaste en mi corazón, terriblemente; ¡oh! amigo crepuscular, ¡oh! hermano furioso, tremendo, maldito entre los hombres y los héroes, cómo tu sueño te asesinó con su volumen, ahora que tiene figura de catafalco todo lo humano y estalla todo lo pasado.

Contra tí sollozo, acariciando mi aeroplano doméstico, con látigos santos de sal quemada y dolorosa, te culpo de existir, como el ataúd a su madre, me corto y me como la lengua, en tres grandes mitades de hechicería y sacrificio espantoso; eres mi sombra, maldito, y lo que adentro de ella se canta, eternamente, horriblemente, la desbarrajada voz de todos los siglos, derrumbándose, con sonido, y el grito del muerto inútil, que arde.

Extrapotente animal de Dios, te crecieron las edades desaparecidas en la cuchillada del cerebro, un tiburón de alquitrán, ardiendo, meneaba su cabeza de comerciante en ataúdes, enterrado en el barro santo de lo prehistórico, que en tí ladraba, y grandes helechos blandían un garrote de piedra, moviendo la cola, y rugiendo; una gran manada de monos, criabas en los sobacos, alimentándolos con vino ardido y grandes rifles verdes, ¡oh!, provinciano strafalario, tu catre de puñales y murciélagos, navega a velas desplegadas, por las vías públicas del siglo timoneado por tu cadáver.

Relumbra en tí la magia sagrada del chuncho de vidrio, y la momia que basa al antiguo dios, vendido como esclavo, la magia de las espadas en las panopias ensangrentadas, y las palabras del moribundo, la magia de la herradura de la lotería, cuando un gato de se levanta desde la lámpara matemática, prediciendo lo pasado o resucitando el Apocalipsis, en sirio-caldeo; cantaban las arañas del carbón en tu vihuela, olor a siglos y a edad gutural de catástrofes, circulaba tus pantalones, de aceite bramante y arruinado, y un bienestar amarillo, los patíbulo físicos de tus ilusiones cubría.

Truenos y rayos estallaban en tu pecho de perro, y aún recoges toda la fuerza dispersa en los fenómenos de la naturaleza, cruzados los brazos sobre el abdomen, en donde murió la paloma; pero, ya nunca más cantarás, ensangrentándote el pellejo de emoción y poesía, como cuando estabas tú asesinado por tí mismo, e ibas cruzando las murallas, en las que el tiempo puso a orear la cabellera.

Sancho Rojas, matador de Sancho Rojas, ¡oh! epícurico, ¡oh! sol, ¡oh! marrano enamorado de las alcantarillas o del pie de las jóvenes diosas, que tienen un racimo de uvas en el vientre; estás y no estás, y tu sombra terrible cruza, croando y aleteando, en la obscuridad de los átomos, aterrorizando los cementerios, los despoblados, los conventillos, las leguas difuntas, espantando, tronchando, arruinando los tejados, en donde escribe el alacrán su canto a la grandeza del Señor de los Ejércitos.

El caballo de madera, bebió todo el vino del mundo, y un pájaro boreal, la soledad del año picotea o azota y humilla con su sable, la mujer desnuda, sin embargo, de estar desnuda, está helada; una enorme hoja de Otoño, pone su huevo de oro, y llora, porque le mataron todos los hijos; don Ignacio, don Celedonio, don Jacinto, don Juan Zamora, ya no van a tomar chicha bendita, con charqui asado, en la pianola de la María Rosalba, cuando los paraguas parecen banderas de naufragio, porque todos están sin boca, callados y podridos en el estómago del pretérito.

Es inútil bramar con la lengua afuera, como una maleta,  
con la lengua afuera, como una carreta, que le aúlla al atardecer,  
ahorcado en las montañas,  
porque no sacamos nada con cortarnos la cabeza y tirársela a lo  
sauoij

Hay una claridad mágica y enigmática,  
porque estamos adentro de un vidrio; y el tiempo está parado,  
frente a frente a nosotros, leyendo su libro cerrado,  
y es la hora que no empezó ni terminó jamás en el mundo;  
de repente, desaparece el sentido de la naturaleza y todo está en  
presente, y está en terrible inactualidad, estallando su  
dinamita;  
el león del horror se asoma a la misma orilla del universo,  
todo lo que somos, lo que seremos, lo que fuimos, se nos presenta,  
horriblemente, tremendamente, con pavor velludo, des-  
muelado, horrendo, astronómico,  
y el vacío, abriendo el hocico, ladra, amenazándonos,  
desde el origen de la edad, el caos rugiente, y el principio de todas  
las cosas;  
un callejón con una vela en la punta,  
y, en la punta, un dios asesinado, nos ataca furiosamente, moviendo  
la cola y las orejas de la cola;  
lo problemático naufragó, emerge el destino con los brazos cortados,  
tropezando en su muleta, tropezando entre el paisaje de horcas y  
cuervos, que se insultan mutuamente, tropezando en la  
muerte, que viene rugiendo,  
en el olor sexual del lenguaje, su relámpago y su bramido de  
océano,  
la vida se ha parado en la vida, a definir la vida, y lo perecedero,  
porque lloran todas las frutas, la caída del sol,  
y moriremos en funerarios lagares;  
Sancho Rojas, va solo y muerto, por la eternidad, caminando  
con la cabeza entre los dientes;  
desgarro los ijares de mi caballo de piedra, con las rodajas incen-  
diadas,  
pero lo sujeto frente al agujero tremendo del infierno,  
en el cual bufa un culebrón, en cuya frente lleva escrito: "todas las  
cosas tienen la cara en la luz y la espalda en la sombra";  
cuatrocientos presidiarios amarillos, tocan "La marcha fúnebre",  
de Chopin, en el crepúsculo,  
y la soledad truena en la tarde, vestida de solemne negro de  
muerto, con banderas de pellejo de señora viuda, en las  
pupilas;  
todo es como todo y todo, indescriptible,  
colosal, tremendo, funeral, con gestos siniestros de perro,  
a cuyas orejas converge un escuadrón de piojos;  
va la estampa del primer hombre, con un dios atravesado en las  
mandíbulas, arrastrando a la primera mujer desnuda,  
horrorizado, huyendo del primer incendio en el primer día de la  
madera;  
el sol es un joven idiota, guiado por un anciano;  
truenan las cavernas, pobladas de hilachas de fantasmas, porque  
las penetró lo sagrado y el terror de lo sagrado  
horroroso,  
y un atardecer gutural troncha el lenguaje;  
sí, el tiempo es redondo y agusanado, gran leyenda con fuego  
adentro de las palomas;  
no hay posibilidad alguna en aquella noche bravía;  
el bienestar de la legumbre y la marquesa de caoba de poema,  
desaparecieron, entre los muertos imperios...

Arañando las rendijas de la aldea, cantan las diucas clásicas  
de las trasnochadas y las remoliendas,  
las diucas y las putas y el alcohol negro, de muerto de pueblo,  
los vocablos parchados de dolor, usados como corcho loco, el  
desabrimento funeral de la provincia, un bastón pa-  
ternal maldiciendo el esqueleto del bisabuelo,  
aquí, demostrándonos el atardecer,  
que somos lo errado y lo melancólico, la forma raída, las telarañas  
del paraguas del murciélago, que fué juez en aquel  
invierno,  
sangre triste, besos viejos, hombre chegre, que rugé, terrible, a la  
sombra de las últimas bayonetas de dios,  
a cabezasos con el destino, agonizando.

Estallan las fogatas y las callampas, en el Sinaí de los ídolos,  
mis zapatos beben la sangre de los degollados antepasados, enyu-  
gados al vino genital de los sacrificios, tórridamente,  
y en la ceniza lloran las castañas;  
a resina sacrificada, el pantalón de Mayo huele, y a tinaja, que  
posee pechos de niña,  
polvo de mundos, el finado anochecer levanta,  
sobre el cogote del sol herido, baila un gran cardenal idólatra, la  
danza macabra del adiós de los difuntos,  
y el mar, vestido de sombrío, ejecuta "La Sinfonía Heroica".

Proclama el fin del mundo un viento de cuero, con ojos he-  
lados y lúgubres,  
que pasa, gritando, el hambre de todos los pueblos,  
mordiéndolo los costillares obreros, con su látigo de patrón animal,  
enlantanado de cristianismo,  
y las criaturas degolladas, buscan la cabeza, en los cuarteles,  
por el pan y la libertad peleando, entre los sembrados desventu-  
rados, contra lagares y trigales,  
mientras la gran figura roja, bramando, alza su jarra de vino,  
y la derrama, siglo a siglo, sobre la humanidad, tendida, de espal-  
das, con la boca abierta...

Los cuatro caballos dirigen la palabra a la multitud...

Medio a medio de la eternidad, ladra un perro crucificado,  
y una niña muerta le hace cosquilla en las verijas, con su ramita  
de sociedad...

Hay una culebra de oro enroscándose a mis rodillas,  
porque mi paletó de Glase-Media, se va hundiendo en los preci-  
picios infinitos, que se rascan la pobreza en los extra-  
muros,  
con una gran cuchara de alambre azul.....

¡Hacia la tumba caminamos, con la muerte adentro de la  
boca!...

Por los desiertos, sí, con los atados de dios a la espalda;  
y un día seremos horrosamente barridos de la memoria de los  
hombres!...

He ahí, entonces, como el monstruo de corcho se come los re-  
tratos...

Y asalta las casas, la soledad, apuntando su carabina, sobre  
las despavoridas familias...

Cuando los borrachos aran los barrios con los colmillos...

Soy los últimos saldos del apellido polvoriento y la vieja tien-  
da abandonada en la aldea,  
el atroz diploma del muerto y su azahar espantoso,  
el espantoso catre de bronce, manoseado en los embargos de la casa  
vacía, y el rifle y el álbum y el sable funeral de "los  
venidos a menos",  
el coronel, polvoroso y derruido, entre sillas de Viena, reumáticas.  
el terrible piano, tan negro de óperas, en el cual falleció la señorita  
tuberculosa, que escupía poesía,  
el honor de las familias alimentadas con antiguos huesos de jubi-  
lación y deudas,  
la violeta de la miseria, que crece debajo de los antepasados,  
echándose versos de tiempo en la carita,  
el bastón del siútico, cuando suena a canilla de tinterillo mori-  
bundo,  
el novio de la niña antigua, florida en su caja de sardinas, en la  
cual hay una maleta de viaje,  
lo pretérito del petróleo subterráneo o del funeral glorioso...

Tu pantalón sobrenatural, Sancho Rojas,  
la vida mágica de tu pelo de ciego, en el cual brillaban las cade-  
nas del corazón egipcio o hebreo,  
y se suicidaban las agujas, tu ataúd amarillo  
empuña en mi padecer su escorpión rojo y negro, atravesando el  
mar, atravesando  
el desierto sacerdotal de la Mesopotamia.

Sin embargo, la primera canción de ojos negros  
y ternura de moneda desaparecida,  
terciopelo entre sandías y manzanas, botella de recuerdos, sobre  
recuerdos, deshojándose, como el entierro de una ci-  
garra,  
arde en veinte leones, canta gran desnuda aquí, fijando  
los naranjos maravillosos de la juventud que se desploma, haciendo  
enorme estruendo;  
sí, como corriendo adentro de un aro de plata,  
arrancándose del atardecer, que exprime su dentadura de calavera,  
entre sonatas podridas,  
rasga su risa, olorosa a cama conyugal;  
su pecho huele a estrella, como la primera vez que la desnudé,  
como la primera  
invocación a la inmortalidad, que entonan las recién casadas,  
y, en este derrumbe de huesos y guitarras y familias y vinos te-  
naces, como el funeral del mundo,  
su cabeza de ceniza eminente, recuerda la negrura de antaño,  
el adolescente grito de niña, que se desnuda entre naranjas y la-  
gunas.

Murió la Chepita, el rucio Caroca, la Lupercia, murió el conductor Andrade,  
murió el cura Gómez, el compadre Labra, el chucho Pérez, y don Juan de Dios Alvarado, murió mi padre y murió mi madre,  
murió el quinto nuestro hijo Tomás, y todos los abuelos, y si reuniéramos los esqueletos y los quemáramos, aparecería una gran cara helada, que sería yo mismo.

El elemento milenario y la agresividad horrorosa de la víbora y la máscara creciendo en los murciélagos despavoridos de los sarcófagos, y su voz de vidrios y mitos, la magia macabra, que irradia el sexo de los números, el siete y el trece de la abracadabra, la hechicería de las yerbas de las ruinas y los sepulcros, y el sol crucificado en la uña de la Gran Bestia, el resplandor hipnótico de la sangre sagrada de los ópalos, la piedra sangrienta de esclavitud, de las Pirámides, mordiendo los dos sexos abiertos de la Esfinge, que tiene una gran garra en el hocico y un eunuco preñado en el vientre, el hachazo de lo santo, bramando en los manicomios y los cementerios, o en el dios antropófago de la Custodia, a quien devora el sacerdote, los ojos rojos de los zapatos abandonados en el copretérito de las polvorosas borracheras provincianas, y su cardumen de océanos de petróleos, que enarbola la bandera de la ausencia hipotética, esa araña negra del horóscopo, que ruga debajo del catre, como el cachorro de una vaca de piedra, y la domesticidad inmortal del huaco de pinacoteca, que es un viejo dios emputecido, el tonto de palo santo, que aúlla en pelotas, en el estómago del astrónomo, del teósofo, del astrólogo, del alquimista y del curandero, o de la vieja ramera, ya cabrona, echando azufre sagrado sobre la comunidad sangrienta, desnuda y de rodillas, el brebaje clandestino y religioso, que la bruja se extrae de la vulva, con la cuchara de un dolmen arcaico, el hogar furioso del falsificador de monedas, del Jefe de tribu gitana, del hipnotizador y del capitán de asesinos, con su arboleda de puñales y ladrones, sin taparrabo, a la impiedad de la noche tremenda, el acordeón azul y feliz del anormal, que apuñalea con las ideas, el alcohol de terror y clamor inmortal, y la luna partida del esquizofrénico, que está con la horrenda cabeza abierta, gritando, el perro cerdo del neurótico, el asno chanco del histérico, con los demonios cohabitando, el incubo del místico, que posee una gran cadena de corcho, con la cual amarra de la jeta de la lengua a los súcubos, para que no se copulen al Arzobispo de Alejandría, los piojos divinos y enfurecidos de la santa, preñada por el sapo gordo y coco del convento, la oblicuidad permanente del invertido, y el atardecer que le llama el culo, como cuando la empleada está secando los platos de loza, (masturbadores-homosexuales, tirando los carros de dios sobre la historia, santos, héroes, genios, delirantes — paranoicos — anormales — héroes, hirviendo en sangre, mugrientos, y en divinidad, y mierda santa crucificados), el espejo negro del infierno, medio a medio del medio a medio del siglo once, rugiendo los milenios, el silbido de alucinación de la cobra sagrada y el maricón divino de Ceylán, y los triángulos trágicos del mexicano, los círculos del boliviano, la llamarada blanco y negro del araucano amarillo, el hierático, el caliente, el dramático hipo de cópula de "La Pantera Siria", la atracción trascendental del precipicio, que comienza en lo infinito, y termina en los ojos de los muertos anónimos, la botella y la baraja, horadando la noche capada, el escorpión de los adúlteros, que es el animal de las letrinas y los pantanos y las lagunas desamparadas, y tiene un ojo en un pecho, que parece tubo o gusano, la cara maldita del gran poeta, que escupe sol y naranjas maduras, la universalidad del crimen del astro del triste atardecer, en el que se ahorcó el último de los leones, y el culto de los prepucios, la gran copa hinchada de sangre, el degüello del Cordero en el Sacrificio de la Santa Misa, el índice de la viuda tremenda, cuyos pechos son como sembrados de balas, la polilla de las verijas del Espíritu Santo, cuando más santo más parecido a una bacinica o a una poesía, o a un dios-sol asesino, arando los escombros de lo arcaico, los pingajos de los retratos de los antepasados, eructando sus comistrajos sentimentales, la antigua voz de los caballos, asesinados por el Arcángel de las

inmensas batallas, y el animal esotérico de las iglesias, la canción trizada y maldita de los masturbadores sagrados, la ojera neutra de la pollera del sodomita, y el culebrón de alcanfor negro del pederasta, investigando lo absoluto, y la unidad, en sus traseros, las cinco ciudades, llorando las cinco mujeres, violadas por setenta degenerados, los moluscos petrificados y viciosos, amándose a tres millones de años de la existencia, entre olor de siglos y mundos que se desgancharon, anocheciendo, la risa sombría de la silla, y el espectro de cerebro, que se sienta en ella, todo lo macabro, que contiene el pellejo tenebroso del brasero tremendo, sobre el petate de las abuelas, frente al águila de plata, la fijación patética del coleccionista de alpargatas o de cabelleras de soldado, la joroba, la sal maldita, la sotana, los pergaminos y los crucifijos apollados de las viejas prostitutas muertas y los idiotas, la droga de la meica peluda y el gallo negro del Esculapio de Sócrates, el espanto del marrano del Carnaval y los Sábados, asesinados, entre dos palos quebrados en cruz, por un gusano, la baba trágica del iluminado, que descubre lo divino en la epilepsia, buscando el uno del uno, el tic funeral de los gallos de los pueblos absurdos, cuando braman, a medianoche, que se están ahogando en la eternidad, y están desnudos y podridos en el fondo de las épocas, el vestón del abogado, el bastón del presidiario, los dos con ojos vaciados y horrorizados, la ollita en donde, eternamente, come el muerto de las razas primarias, y cuya gran figura va a recordar un dios con los testículos hinchados de sagrado vino, y el pene hirviente, como la ostra de la diosa, a todo lo alto y lo ancho de la divinidad, enarbolado, entre sahumeros y cocimientos, el terror-horror, con que aúlla el ensanarentado altar-totem-tabú del druida, al cual consuela la mar sagrada y humana de adentro del sepulcro que llora, el alarido de la edad sin edad de la humanidad, en todos los peldaños, que cubre el traje de cocodrilo, de adivinador, de mamarracho, de sepulturero sacerdotal del gran artista, y adentro del cual hay una paloma, debajo de un chacal, que tiene catorce leguas en contorno, y aúlla como un tiburón internacional, sacándole la lengua a una marrana de oro, lo obscuro, lo enigmático, lo absurdo, raíz de lo lógico, ser terrible del ser pensante, que, desde el origen, viene con la cabeza desenvainada, gritando así, en La Santísima Trinidad, tremendamente sangrienta y arcaica, como en el triángulo mágico de La Masonería, atorado por los gusanos sagrados, nos escupe, nos aterra, nos inhibe, acorralándonos, acuchillándonos, solos, a una velocidad roja, como de imagen tremendamente ahorcada, precipitándonos, entre nuestros propios huesos, de aterrado caballo enanchado a un sepulcro, que corre y corre y corre y corre hacia y contra la sociedad iluminada, en la cual naufragó la existencia humana.

La triste camisa del siútico, en la cual vuela una gran botella negra, y el piojo ilegal del onomástico, con un vals de casa de huéspedes y un compadre en la barba, y el sable terrible del General jubilado, que apunta a un pantalón zurcido, las románticas heráldicas, meadas por las tremendas tempestades antiguas, los Gómez, los González, los Pérez, los Díaz, en aquellos coches arrastrados por abogados de aldea, el bastón del horror de los trescientos acompañamientos locales.....

Sí, desde el vientre de la violeta de barrio, aúlla un chacal muerto, la desaparición de todas las cosas, y todos nos cubrimos de coronas usadas, de leones de museo y oleografía, pues es el instante, en que a la muchacha con la cual nos casamos, le sale tiempo del pelo...

Adiós, el cielo negro, verto y fenomenal, cúbrese de cadáveres relampagueantes, y el gran fantasma golpea las puertas abiertas de los sepulcros, con un palo de polvo a cuya cabeza ruga un escorpión decapitado, y arriba, en lo alto del pasado y el porvenir, se derrumba un pétalo de eternidad, desenganchando toda la montaña de los siglos, Sancho Rojas, Capitán del Sur...

# GRITO DE MASAS EN EL ORIENTE

Desde la botella azul del conventillo, brota la callampa de llanto,  
y se derrumba la eternidad de los desventurados, el farol de terror de la mina, el horror de la parición absoluta, entre caerolas y agonías,  
cuando los inviernos muerden la reivindicación sindical, y en la consigna, el mocho es sólo humareda.

Un mastín imperial, su estómago político araña a las asambleas, el hambre,  
el hambre de los trabajadores tronchados, el hambre, el hambre de la culebra de piedra, contra la piedra de la piedra arremetiéndose,  
y desembarca la policía, montando su animal destripado, bramando con las patas,  
o el traidor, que come sangre de mujer, que come vientres amargos y desesperados, y el gran chacal social-demócrata, degollando al proletario, con sólo una hoja de papel amarillo.

Están asesinados, jamás muertos los obreros,  
ahorcó al orador la oligarquía, y él conduce a las masas, ajusticiado, con la lengua soberbia de la doctrina, que es una canción roja y una gran bandera,  
porque la revolución tiene eternas las entrañas, o de puñales.

El piojo universal, el látigo y el pánico universales, al sudor inmortal saludan,  
y el explotador desnuda a la plusvalía en todos los lechos vendidos del fascismo al imperialismo, porque el capital alimenta la pantera, con la carne y la sangre espantosa del mundo;  
una negra uña de amo degüella a las criaturas recién nacidas en su cuna de llagas,  
y una gran lágrima de cemento, del tamaño de una puñalada, grita en la garganta del trabajador, con rugidos de montaña herida en el vientre,  
el funeral de los polvorosos documentos;

en las caucheras, en las algodóneras, entre los cuales azota la boa su jeroglífico terrible, en las salitreras de alucinación e infierno, encima  
del pantano tropical del tabaco, en el cual arde la malaria, amarillosamente, su ladrido,  
brama el drama de los esclavos, en tambores de pechos de muertos, tocando la marcha hacia la nada;  
nó, que se levante el puñal de todos los sepulcros obreros,  
y le cercene la lengua al capitalismo, tremendamente, dé un tajo!...

Sollozan las viudas, acariciando bayonetas a retaguardia,  
en tristes colchones de sauce despreciado, por los hambrientos, asesinados por los hambrientos,  
que aullaban en la propiedad ajena, y paren lágrimas en la fatalidad de los cementerios burgueses, que parecen regimientos destripados  
por donde, únicamente, comen los cerdos de los ricos.

Por los tubos tremendos del petróleo, enderezándose, desde el eje del mundo al cielo, ascienden  
hombrecitos pequeñitos y amarillos, a los que azota un sapo con la "Legión de Honor" en la barriga del cerebro,  
el cual eructa un chorro de oro adentro de la Sociedad Anónima, asentada en trabajadores que escupen sangre, en proletarios de sufrimiento, con ojos grandiosos de héroes, en mujeres que devienen piedra santa,  
y el invierno agarra las pocilgas y las estrangula;  
barrena las espaldas del asalariado, el sol, disparando su fusil colorado,  
la desgracia del jornalero anda a gatas, hiriendo el estaño-sangre, y, a cien semanas de distancia, está el presidio o el banquillo, entre las sogas y las bocas de las horcas, agarrotando al huelguista;  
entre la caña chancada, hay materia gris, y un ojo señala a un dedo la tragedia,  
de! cafetal al arrozal, la gran jornada del crucificado, hierve de látigos y víboras, un sudor de horror cruza el espanto,  
y el grito del coolí, es lo mismo que la galleta de veneno, del peón

o el poncho del pongo,  
 la maquinaria enciende la cesantía, y, los parásitos, arando los  
 sobacos del proletariado, amplias masas lúgubres labran,  
 en las maderas de acusación de los patíbulos;  
 los aullidos del Mapocho parten la tarde en tres mitades y echan  
 adentro el lumpen-proletariado, por cuyos andrajos,  
 arrastrando va la miseria su carrito de recuerdos,  
 el frío patea la cabeza de los niños heridos por los cuchillos del  
 hambre-grande,  
 la garra de la bestia nazi-fascista les arranca el corazón, les arrasa  
 el cielo del pecho a los trabajadores intelectuales, y un  
 buitre cristiano  
 les revuelve los sesos a los viejos soldados de España,  
 porque el fusil popular de los héroes, se les cubrió de naranjas  
 maduras.

Un latigazo de cinco mil épocas ruga contra el lamento tre-  
 mendo de los explotadores sociales;  
 el horror milenario de los esclavos brama, y, entonces, suda la cara  
 de la tierra, y, entonces, la Hoz y el Martillo aparecen  
 en el Oriente, colmados de aplausos de sol, y, entonces,  
 el Partido se levanta entre dos mundos;  
 sí, detrás de la carnicería, la revolución asoma su garganta de  
 espada,  
 y brilla la historia como un diamante rojo.

Enterrados en el enorme basural amarillo,  
 los rascacielos hinchaban sus raíces en la sangre social, echando  
 sangre y podredumbre por las chimeneas,  
 echando madres muertas, malas-costumbres muertas, toses muer-  
 tas, echando humo de perros, echando  
 fetos muertos, viejos muertos, sexos muertos, pelos muertos, besos  
 muertos, muertos muertos, ojos muertos, lenguas muer-  
 tas, anos muertos, papeles muertos, pechos muertos,  
 adioses muertos,  
 todo lo muerto viviendo en los subterráneos de la burguesía,  
 el clamor de horror de la clase obrera, horrorizada entre las patas  
 herradas del capital fascista, asesino,  
 el puñal cargado de duraznos envenenados de la miseria,  
 la mano pelada de los sub-hombres, su lengua de lata ardiendo,  
 los tarritos menesterosos de comida de basura y mor-  
 gue macabra,  
 los vientres vacíos y mordidos por los cerdos hambrientos,  
 el terror de morir en cucullas, a la orilla de la infinita desolación  
 de los hijos, muertos de terror por el terror milenario  
 del explotado;  
 un orangután sagrado y cornudo, da la bendición papal a los ca-  
 dáveres, y se acuesta con su marido,  
 las bacinicas del Vaticano, sacan la lengua y recogen la margarita  
 de la sodomía universal de la Iglesia, para ofrecérsela  
 a las masas de las tumbas, en la pastoral de León XIII,  
 y el cardenal colorado monta al sacristán amarillo, entre un es-  
 cupo de campanas;  
 el Presidente de la República, restregando los calzoncillos contra  
 una piedra, decide que fusilen a quinientos obreros,  
 por hambrientos,  
 y se atraganta de democracia y caridad de fusiles,  
 patea a una muchacha, que lame las murallas del hambre, y a la  
 cual violaron los carabineros,  
 y cien curas paridos se deshacen, masturbándose, junto al sexo  
 de una mula rubia,  
 pero se avergüenzan, porque un picaflor de "El Mercurio" canta  
 sobre un plátano, tremendamente desarrollado, elabo-  
 rando  
 un editorial de homosexual contra el Partido Comunista,  
 en el que cabalga "la familia" de "la bandera" del "orden", en  
 dirección de los antepasados.

Mil millones de horrores edifican un abrazo innumerable:  
 "Trabajadores del mundo uníos",  
 del oro, del petróleo, del yodo, trabajadores del salitre, del car-  
 bón, del cacao, del estaño, del tabaco, del café, del  
 caucho, del trigo, del algodón, del vino, del maíz, de la  
 madera, de las fábricas, las industrias, las usinas y el  
 mar-océano,  
 uníos, cobrizos, negros, blancos o mulatos, uníos,

uníos, al rededor de la gran estrella roja, que clama trayendo el  
 puñal y el fusil de la revolución, o trayendo un canasto  
 de sol y palomas,  
 de pan, de paz y libertad, glorificado.

Por debajo, el canto de los esclavos, subterráneo, repechando  
 los milenarios,  
 enarca la espalda azotada, la degollada faz deshabitada, la de  
 llagas y babas cabeza, el pavor animal, estupendo, de  
 los secos pellejos negros, la agonía,  
 de asfalto, frente al gran capataz-capado, que aterra la manigua,  
 azotando los encadenados héroes;  
 piedra y sangre, dios, barro y sangre, todos los mundos ardiendo,  
 lacayos sagrados,  
 el aullido del bucanero estalla en el corazón de la sociedad burgue-  
 sa la tremenda voz de los látigos, el clamor funeral que  
 traducen los verdugos del Código y el asesino sacro-  
 santo, el grito de los pueblos marcados;  
 racimos de caballos lúgubres, relinchan,  
 una gran yegua inmensa en la cual cabalga el inventor de las Pi-  
 rámidas, solo, con las tripas afuera, sobre los chacales  
 azules,  
 o Espártaco, todo pintado rojo, a Lenin estirando los brazos cor-  
 tados,  
 y un potro arrancan, a todo lo largo y lo ancho de la historia,  
 arrastrando entre los dientes  
 la cabeza degollada de La Comuna.

Explotados contra explotados, degollándose por el oro del  
 otro, ametrallando aldeas de miseria, por el otro,  
 el que está violando su madre hambrienta a retaguardia,  
 por el otro, capitán de explotación, asesino financiero, enterrado  
 entre dulces vientres y vinos de diamante innumerable,  
 amamantados en la parra burguesa,  
 mientras las familias de andrajos, tiritan, por el otro, engendrador  
 de la matanza de los pobres contra los pobres,  
 y danza desnudo y borracho el explotador con el crucifijo de  
 Jesucristo en los testículos, sonando su badajo, en  
 función de la guerra fascista, tremendamente cagada  
 por el vientre del nazi-fascismo internacional ago-  
 nizante.

Adentro de los templos negros de la prostitución, (Marsella—  
 Port-Said—Valparaíso), arañando los tremendos, rotos  
 espejos de las Casas de Cita y las despeinadas pensio-  
 nes de rufianes, mordiendo los suburbios,  
 y su pan criminal, de sangre, debajo de los malditos puentes, que  
 son pudrideros municipales de homosexuales,  
 frente a frente al animal muerto, que aulla en el pantano de los  
 extramuros, gritando con la lengua podrida. la obse-  
 nidad de la corrupción infantil, el terrible himen des-  
 esperado de la virgen proletaria, los partos macabros,  
 en los que, aullando, la tuberculosis araña las almas  
 recién nacidas,  
 en el corazón clandestino y alevoso de las cocinerías, entre las  
 cuales, camina un tiburón idiota, azotando a los men-  
 digos, con sus grandes aletas de aserrín tenebroso,  
 medio a medio del resplandor morado del presidio, en el cual el  
 barro seminal, chorreando los calabozos, cría un arcán-  
 gel de palo malo y sabandijas, en la última raíz de las  
 glándulas,  
 la protesta contra el régimen, que cría enfermos, que siembran la  
 desgracia en la historia, y su tubería amarilla,  
 estalla y rebota su relámpago, y un galope de regimientos se le-  
 vanta, desde todo lo hondo, rodeando la poderosa ca-  
 ballería proletaria, brillante de estandartes.

La clase obrera, la sangre humana, clase-sangre, la drama-  
 ticidad sagrada de la clase, de la sangre, lo santo tre-  
 mendo.....

Una voz, una gran culebra, una flor de gargantas y potros,  
 partiendo un nido de llanto, que es el mundo y cien cien millones de  
 trabajadores clamando, con gritazos que parecen ba-  
 yonetas.

Todos los niños, a todos los pechos les extraen nada,  
es decir, un viento de fuego, completamente negro, un huracán  
rojo, aullando, con el pellejo destrozado,  
como un león, sobre el cual disparan los ladrones.

Millares de millares de millares de cesantes, aúllan a la sobre-  
producción, entre un grande sonido de tripas y huesos,  
y un cadáver de setenta metros, toca la trompeta de canillas de  
los tuberculosos,  
el grito de fuego de los Bancos, entre cuyos dientes alojan los  
chacales de ojo terrible y Cuenta Corriente, encima  
del corazón negro y de luto,  
las mandíbulas marmóreas de la plusvalía, tan amarilla como  
un asesino,  
el fusil de pellejo del Gobierno, que sirve para ahorcar vacas y  
degollar mariposas a formalina.

Desnuda va la yegua negra, la yegua negra, relinchando a la  
prostitución burguesa.

Ejércitos de ejércitos de ejércitos de ratones roen la propiedad  
privada, la religión, la familia, el derecho burgués, sus  
grandes murallas de muertos, ejércitos de ejércitos de

ratones de ratones, roen el arte-puro de los esteticistas,  
cruje el régimen, la rotunda proa, el maderámen, medio a medio  
del océano de sangre grande, sangre de cadáver,  
las moscas preñadas, infectan sus verijas, entre los hierros tre-  
mendos paren babosas las culebras desesperadas, y el  
hambre, sus fauces, al hambre hambre abre,  
por lo podrido, navegan ataúdes a vela, inmensa flor de boñiga,  
la guerra degüella niños y madres con serrucho mellado,  
el sodomita y el pederasta, se revuelcan adentro del catolicismo,  
oliendo a misterio, y la Santísima Trinidad les ofrece  
un papel de lija y un clavel empapado en vaselina ama-  
rilla, como la filosofía de Max Scheller, o un nazi en  
pelotas,  
la máquina corta brazos, corta cuellos, corta piernas y vientres  
obrereros, dejando el mundo vacío,  
por el cual va ladrando un asno tan flaco, que parece un gran  
poeta, a cuya montura van a alojar las culebras y los  
marranos.

Pero, desde el Oriente, la epopeya de la URSS. inmortal, de-  
rama su canasta de cosechas sobre la Humanidad, y  
vomita plomo ardidamente rojo, encima de los pechos y los sexos  
al revés de los ensangrentados idiotas de Germania...

# DEMONIO A CABALLO

Por entre mundos, entre muertos, entre edades que destilan suerte y vientres de siglos, en verde aceite de eternidad, amontonados, navego, a mil estadios de mí y mí mismo, sólo.

No entiendo cómo soy, ni en dónde soy, ni cuando soy, ni soy, o yo soy otro, distinto, universal, acumulado, absorto con mis águilas;  
abajo, un mar vestido de culebra, mordiendo un crucifijo incendiado, un dios de épocas y piedra,  
medio a medio, un tubo de llanto, de luto de atardecer, y, encima, una gran estampa de caballero degollado, desde la cual aúlla un discurso, con chaleco de temporal, echando los 7 relámpagos reglamentarios, por adelantado;  
¿qué significa escribir lo que significa escribir, si ignoro si estoy muerto o estoy muerto, o soy un antiguo muerto, vendido como esclavo, a una antigua reina de cera?  
nó, empuño mi cabeza y se la arrojó a los leones;  
¿a cuál persona me refiero, cuando afirmo que la inmortalidad me rasguña las entrañas con un rifle quebrado?

No me parezco, soy un campo de batalla, un antiguo edificio amarillo, construido en los desiertos de Abrahám, un potro de oro, un soldado enormemente romano, gritando adentro del traje de acero, con un gran gusano de fuego en toda la boca,  
y a quién le emerge una humareda roja desde el pelo del pecho, formado de peñascos milenarios y una gran costa druida;  
me piense y pienso un volcán de licor extinguido, un lagarto decapitado, besando a una paloma de provincia, un león entre dos banderas,  
por adentro de mi ser aúllan los monos furiosos y las montañas re-

cién paridas,  
un clamor gutural de animales, la bestia de dios, tremenda y alucinada, huyendo de la catástrofe cósmica y el orangután horriblemente triste, porque deviene hombre.

Me hundiré con el continente que habito, con mi siglo y con mi pueblo, con la tierra entera y sus planetas, con los ejércitos de los ejércitos, rugiendo,  
en el espantoso océano infinito que soy y del cual soy náufrago, sin haber entendido nunca, comprendido nunca por qué se existe, qué existe y qué no se dispersa, derrama, disgrega, qué es lo que constituye el yo tremendo, qué es lo que constituye la diferencia de lo que difiere, la médula del átomo, mi átomo, tu átomo, que son los átomos del muerto y no son el muerto, y lo querrian,  
cómo se gasta el tiempo, si no es un cuchillo ni un zapato en el cuello de un muerto, y qué muere, cuando muere el hombre y muere  
en sus pupilas el último atardecer, agonizando con espanto de cataclismo, arrastrando todas las cosas, en esa gran caída sin fin, en la cual, adentro nos derrumbaríamos;  
pero, por algo existo y respiro, existo, como existe un puñal, un sombrero de perro zorrero, un fakir, o un caballo,  
y no soy el escupo del gusano, ni el pan del militar, que traicionó a un calzoncillo estrellado, y lo fusilan por la espalda, ni el ideal de la puta divina,  
ni el moco del tonto, al cual le amarran la banda tricolor en la guata;  
porque yo no comienzo aquí y termino ahí, nó, yo no comienzo, yo no termino, yo comienzo en la gran época en la cual se forjaron todos los mundos, cuando la nada flotaba en la nada, es decir, yo comienzo, en donde el principio

es el principio del principio,  
yo termino en el tiempo del ojo del muerto, en el espanto de la  
muchacha asesinada por un fantasma, a la crilla en que  
el hombre se cae al vacío, en el alarido del aterrado  
frente a frente al infierno,  
en la cuchara abandonada por sus antepasados, en los extramuros  
de la ciudad maldita, entre cerdos, niños, perros y mu-  
jeres, que en grande hambre emputecieron, en la aldea  
abandonada, en la vasija abandonada por el antiguo  
soldado de Pompeya, en el santo de palo santo, que  
posee un sexo de cuero de pecho de trueno, y un ojo  
de oro,  
en el ideal que la señora apasionada tiene metido debajo del ombligo,  
como la espada de las matanzas,  
sí, en los degüellos históricos, en los cataclismos de las guerras tre-  
mendas de religión y sus batallas, sí, en las masacres de  
clases, sí, en los fusilamientos del Ródano y en la hoz  
amarilla de la guillotina, sí, en la bandera negra que  
los corsarios enarbolaban, medio a medio de su hombría  
de varones de sangre;  
he ahí, cómo y cuando los antiguos dioses perdidos, rodeados de  
apostasía, musgo de muros muertos, infinitamente solita-  
rios, gritan en mi interior, el resplandor de las religiones  
perdidas,  
sí, Jehová y Thor pelean un hueso de perro en mis entrañas,  
moviendo los hierros del trueno, que aterró al antepasado, y la  
tempestad desgarradora, que engendró la oración y el  
poema.

Mi ser consciente, ruge cuando piensa, brama cuando habla,  
gime cuando crea, cargado de instinto, discontinuidad y  
síntesis,  
el lenguaje me desgarrar el ser, llenándome de sangre bramante,  
me parte en diez mitades, rompiéndome y uniéndome,  
con su gran pasada de monstruos, y el mar y el funeral  
del mar, claman su aliento grande y convulso en mis  
pretéritos,  
sin embargo de ser mudo, con relación a la verdad del mundo;  
soy yo y no soy yo, quién hablo, porque habla la bestia en celo,  
habla la vida y todas las formas de la vida, habla la  
cópula brutal de la naturaleza animal, mineral, vegetal,  
todo y uno y todo, acoplándose y desgarrándose en la  
gran orgía del amor, y habla el mundo, relacionado y  
encadenado a su límite;  
expresión de unidad y estilo, imagen de origen, mito magno y subs-  
tancial, hombre, afirmo lo que ignoro y lo que ignoro afir-  
mo, y afirmo porque afirmo,  
creciendo, tronando, cayendo, con todas las rodillas del espíritu,  
desgarradas en la espantosa crucifixión, levanto  
mi existencia, y azoto a la naturaleza, y la naturaleza me responde  
con su tremendo de pellejo hocico, entreabriéndose al sol  
de dios, cuando mi poema la cornea y la monta, engen-  
drándole una gran cría.

Si me atropello y me aflijo y me atraganto, atorándome de  
sangre tremante, es que me atracan la garganta, los vie-  
jos pueblos, las razas ancianas y sus tribus, los añejos  
clanes que inquietan, que exigen expresión en mi pala-  
bra,  
y aquel clamor mundial que irradia, es la voz abandonada de los  
viejos cultos, las antiguas creencias, los viejos mitos y  
las culturas deshabitadas: el culto del sol y del falo y  
del triste himen de las vírgenes, el culto de los muertos  
y los sueños, el culto de la antropofagia sangrienta y del  
**SACRIFICIO** de la Misa, masoquismo, mística del ase-  
sinato, gran orgía sexual, el culto de la vaca, del an-  
drógino, de la luna y de la culebra, el culto de las co-  
cinerías de Esculapio, a cuya gran cebolla, tremendamen-  
te, convergía la defecadera de Júpiter, el culto de los  
números y el fuego, el culto animal de la comida y el  
acoplamiento, y el terror infantil de los pretéritos dól-  
menes druidas, la religión acuchillada  
del sacerdote eunuco, legislador sagrado, divinoide, y ejemplar ta-  
bú de aquella gran casta macabra;

las anchas, obscuras masas sociales atropellan mi vocabulario, el  
resentimiento, el rencor esencial de los oprimidos y los  
explotados del mundo, lo echa mi lengua, expresándolo,  
aunque, y el pecho de negro de los esclavos, lo hablo,  
plantando una rosa blanca en el poema;  
seguramente no soy yo, sino un anciano rey vikingo, quién em-  
puña la palabra, como quien empuña la espada, en aquel  
potro de hierro, que escribí entonces a una neruda,  
acaso es un imperio sepultado, quien se levanta en estos verbos con  
ojo tremendo, o un país extinguido o vagabundo, o el  
mar de los Sargazos y su enorme caos de barcos fantas-  
mas, de sanguinarios esqueletos desterrados, empunan-  
do sus pantalones, solos, en la soledad de los tiempos, o  
el amante que asesinó a la esposa de dios, y se colgó del  
sol, o el filibustero, o el negrero  
que hizo degollar toda la población de la ciudad, y se ahorcó, quan-  
do se ahogó el ruiseñor de su querida, en un botijo de  
aguardiente,  
o la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, en el instante  
de meterse a la cama de la Virgen María, o Sócrates, filo-  
sofando en el Mercado, o el Crucificado del Gólgota, des-  
pués de habérselo caído los calzoncillos,  
o el toro de oro, a quien adoraron los israelitas, durante el ciclo de  
siglos, en que Moisés escalaba los relámpagos dramáti-  
cos del Sinaí, con la historia del mundo en el pecho,  
o el mismísimo Javé, con la tremenda barba de culebra, azotando  
con gitanos quemados a sus tribus, por haberse robado  
la fruta del árbol de la Ciencia del Bien y del Mal y  
haberse entregado a la sodomía en Sodoma, a la go-  
morria en Gomorra, a la adomía en Adama, a la seboino-  
mía en Seboím y a la segoromía en Segor, y haberse  
embriagado y haberse acostado con los tres ángeles del  
Señor, borrachos, o las trompetas tremendas  
de Jericó, cuando lloraban las murallas del mundo, y el último ratón  
de la ciudad se mató de un balazo en la sien, frente a  
frente al crepúsculo;  
uno y todos, gravito, desbordándome, empuño mi ser guerrero, mi  
ser que existe, como todo lo que existe porque existe, y no  
pregunta, sino que contesta lo que no pregunta, la inte-  
rrogación perentoria, absoluta, dolorosa y trascendental,  
que son los fenómenos, como aquéllos dioses inmensos  
de la antigüedad, que degeneraron en cacharros, porque  
ya los pueblos no creyeron en ellos,  
la unidad es mi estilo, pero mi estilo, es la expresión de lo que nadie  
conoce, por ejemplo, un león imperial que discute a Kant  
y usa revólver, un potro en las tinieblas, un tigre furio-  
so, porque el asno de la vecindad se le arrancó con su  
querida,  
mi estilo es el caos con ojos, o el cosmos con manos de alacrán de  
fuego y dientes de demente iluminado, o un emperador  
con la cabeza cortada, es la matemática esotérica de lo  
discontinuo, es el incoherente trascendental de la mecá-  
nica psicológica, automáticamente gritada e la misma por  
ella misma, sin perseguir un objetivo que ignora, desde  
un punto de partida, que ignora, hacia un punto de lle-  
gada, que ignora, ignorando todos los caminos e igno-  
rándose, y **UNIENDO** lo antagónico,  
y yo soy un callejón de aldea, por el cual camina el velorio del  
vecino asesinado, completamente lleno de muertos, por-  
que todos son muertos que conducen muertos, en caba-  
llos muertos, en carretas muertas, en avíos muertos, por  
chilenos muertos, por muertos, entre muertos muertos,  
muertos;  
seguramente, si alguien destapa mi voz, un aliento tan tremendo  
a antigüedad le salta a la garganta, que aquél se iría  
de espaldas contra el infinito, como si un dios rabioso  
le cogiese del gáznate con su puño de material de si-  
glos, o la rana peluda de la divinidad, le pegase un ga-  
rrotazo con la Santa Custodia, que es un sexo de niña  
y el sol con todos sus rayos;  
son los números de Pitágoras, el fuego inmóvil de Heráclito y  
Demócrito y las matemáticas, los Sábados Negros del  
walpurg's, las Danzas báquicas de Diémisos, rajando

las épocas pánicas y la Catedral gótica, el Carnaval con todos los demonios rojos,

enarbolando las matanzas desesperadas de la San Bartolomé, y los degüellos de aborígenes, a la salida del sol, entre canelos y trutruacas, o los ahorcamientos de millares de millares de inocentes, engendrados por los conquistadores heroicos o por los piratas heroicos, y enormemente malditos, como todo lo heroico, o lo santo sagrado, y los pogroms siniestros, con los cabellos ensangrentados y enormes hachas de luto, y los degollamientos de las vírgenes desnudas, sobre las olorosas, poderosas, resinosas piras de pino, madera de vasijas y edificación, acrisolada de sacrificios, y la pasada a cuchilla de las niñas cristianas y los herejes, entre tambores amarillos, los ahorcamientos de embarazadas, de ancianos, de niños, de enfermos, por los iluminados y los degenerados sociales de Hitler,

o las horrendas masacres obreras, en las que los caballos de los verdugos hundían las pezuñas en los sesos y los sexos de los varones y en el vientre de sus mujeres, y la policía asomaba el hocico entre las verijas de sus yeguas o sus mulas,

los que aúllan, rugen, protestan, bramando y tragando sangre y abominación por todos los heridos, los lisiados, los malditos, los vagabundos, los extranjeros, los perseguidos, los expósitos, los desterrados, los humillados, los presidiarios, los explotados, los aventureros, los poetas, los artistas, los desventurados, los "finadores", los descubridores, los inventores, los fracasados y los humillados de todos los siglos, en estos poemas serios, que parecen cuchillas o fantasmas.....

Sentís, ahora, rugir la religión de los caldeos, ladrar las esfinges acorraladas y las gárgolas de Bizancio, roer a Job el sol del estercolero, bramar a Zenón de Elea, por el descubrimiento del átomo, llorar a Aben Gavirón y Maimónides,

tranquear los coturnos de Esquilo, pisando catafalcos sellados, aullar las águilas de espíritu de Juan de Patmos, dirigiendo los dos océanos enganchados al carro santo, pelear los mármoles contra los mármoles de Laotzé, azotar a Dios, a Protágoras, mientras Plotino golpea las tinieblas, con un gran martillo de sombra, comiendo únicamente vestiglos, matarse a Nietzsche, ahorcándose con su culebra, envenenarse a Höerderling, a Arthur Rimbaud, a Dos-foiesvsky o a Lautreamont, cociendo un veneno en cocimiento funeral de imágenes, pelos de tiempo o siglos podridos, entre los cuales circulan los gusanos, como en la ley burguesa,

emborracharse de vino y de mito a Rabelais, dialogar en piedra muerta al Alhigieri y al Tintoretto, sentados en cuatro anchos bancos de humo y eternidad, precisamente, tranquear el jamelgo de arriando de don Miguel de Cervantes Saavedra, los despoblados castellanos.

Yo estoy cantando mis costumbres, las costumbres del pueblo, sus costumbres, la historia social, la leyenda, su drama trágico y, desconociendo su origen, reflejo y ordeno mis himnos, que son mi pueblo y la materia vital de mi pueblo,

hago anchos cantos furiosos, de negros belfos espumantes, como el caballo de Atila,

y no hago retratos de mi país, sino mi país, sencillamente, construyo mi país, lo construyo con una gran vaca lechera, bramando en la melena del Continente, con Caupolicán crucificado, entre Atahualpa y Moctezuma, con un rotito lipiriento y fabuloso, vagabundo y amarillo, atravesado por una gran tempestad de relámpagos, que se derrumba desde el otro mundo, con la guitarra y el puñal y la tinaja de espanto del arriero, del soldado, del minero, del peón nacional, todo eternamente solo, con un finado, que está pitando un cigarro de tabaco ensangrentado, en el atardecer de todas las cosas, mientras clarea la estrella de sangre en su pecho;

adentro del sueño tremendo, hablo sueño, canto sueño y el sueño

del mundo gotea desde mi frente incendiada de infinito, sueño,

y, desde él emergen los pálidos antepasados, atropellándose, al aullido de los cementerios, a su gran manada de elefantes innumerables, al fantasma negro de ellos, contesta una gran luna degollada, rugiendo encima de los suburbios y los escombros, y, todos los muertos, de todos los tiempos, de todos los pueblos del universo, se levantan de la eternidad, lloviendo, al viento los crecidos pelos, rotos los pontros remotos, en los que brama el gusano final, re-

tumbando, perdido el sentido de los huesos, relampaguea entre sus rifles, la faz cornuda del europeo conquistador, el rostro de ladrido quebrado del asiático, la cara cruzada de maldición y enormidad, de religión y antigüedad del africano, el ojo de alga del oceánico, el lomo de toro elemental del americano, enorme de azotes y águilas simultáneamente,

entonces, desde el vértice del huracán, toda la historia del hombre estalla, en ese instante, brillando, respirando, mostrando su omnipotencia a la naturaleza;

de repente una calle sola se me arranca desde la lengua, o un acordeón pega un grito porque le clavaron el puñal en las entrañas o un lagar de vino suspira tristemente, sí, la libertad de lo determinado es lo determinado, el poder de caer al abismo, la grandeza específica de morir uno, el uno que es uno, abandonando las cosas, afuera,

porque el polvo de los caminos es grande cuando lo pisamos, y es nosotros, mientras nosotros somos, y no somos toda cosa, en el minuto en el que el universo nos invade y no podemos imprimirle ese espontáneo orden del yo y la personalidad, porque murió lo que éramos, tremendamente, abandonados por habernos abandonado;

echando llamas nos morimos, no habiendo reencontrado nuestros viejos orígenes,

ni aún en la magia sagrada de la poesía, que es la boca de la tierra, ni en el terror del horror del amor y su alucinado caballo, atravesando la tempestad de cadenas quebradas y símbolos, que establece su arco-iris de fuego, desde el Oriente al Poniente del mundo, ni en la religión, que regresa, por el asombro, a la antropofagia sacratísima de Caín y Abel y el dolmen, santo entre lo santo,

ni en la sangre, ni en la muerte, originarias del pensamiento, que posee un zapato de espanto y una gran trompeta;

porque el régimen capitalista da la materia en descomposición, el caos con gusano sacro, subversivo, magro, y terrible, todo lo cósmico de la historia, y, nosotros, enormemente, nosotros, o sacamos el orden del desorden, o morimos, morimos en la inmortalidad fallida de lo que no fué estilo, así morimos,

siempre para siempre, soñando caballos macabros, que exhiben una gran peineta de ramera en el esqueleto, terriblemente extranjero a sus entrañas, tremendamente agorero, como los trágicos, pálidos, álgidos pájaros máximos, que croan en los barcos naufragos, sobre los muertos, y los muertos océanos;

es inútil querer hacer una gran máquina con humo, con discontinuidad e incoherencia, con eco, con material perforado, atravesado, cruzado de larvas, que hierven, gimientes; nó, hagamos sangre, saquemos del horror de la substancia social, el horror de la belleza total, creemos el hombre, forjemos el arte con lo mágico, lo adivinatorio, lo trágico y elemental en la unidad abismal de la persona metafórica, que naufraguen los que no naufragan, porque naufragan, nó los héroes, nó LOS NAUFRAGOS, nó los mártires del naufragio,

ordenad el instinto según el instinto, y, cuando las masas obreras por lo bello ruján, dad a las masas obreras el estupor de las masas obreras, ardiendo como complejo tremendo, que emerge, sumergiéndose en el inconsciente, y asomando la cabeza feroz del arte;

naturalmente, es el instante en que estalle el yo, es el instante de agarrar la inmortalidad por el cogote y sumergirse, brutalmente, en las tinieblas.

Resuena aquí la circulación de la sangre de los sepulcros, de la sangre de los osarios y las espadas, y el clamor del fusil del soldado N.º 13, el corazón del hierro y del musgo, el mito de vino de la piedra, cuyo pulmón de carbón de horror, es resonante como las norias antiguas del pueblo, el infinito alarido amarillo de las hojas caídas, y aúllan los gritos desesperados de los zapatos que abandonamos, cuando nos matamos.

Brama el sol en los corrales del arte, su lomo de rojo fenómeno sólo enriquece mi poema, adentro del cual menea la cola rabiosa, sin embargo, la naturaleza está afuera, arañando, gritando, escarabando mis imágenes, porque mi mundo lo sufro más allá del tiempo y del espacio, en el cual relampaguean los sentidos, como aperos de chileno.

Os corroyó a dentelladas las entrañas desesperadas el poema, porque le pisásteis la tremenda cabeza de víbora, y os mordió la lengua con sus dientes de arcángel, os partió la boca de la cara, con un bofetón del espíritu, os asesinó mi lenguaje, degollándoos, como a vacadas de matanza, que no entienden lo que no entienden.

El cadáver de Dios, furioso, aúlla en mis entrañas.

Son los germanos acuchillándose, gritando Rhin abajo, entre jaurías, los soldados alucinados, sudados del conquistador, y las tripulaciones de los barcos negreros del pirata, tremendamente borrachos de sangre, azotando de escupos y botellazos al ahorcado en el Palo Mayor, el antepasado mapuche, bramando los cantos de guerra, a la paz del gran canelo, la manada emputecida de los cosacos, a caballo en la muerte, los endemoniados del desierto y los místicos antropófagos, que se comen al jefe de la tribu y a su madre, a cada, los cazadores de leones, haciendo estallar los mazazos contra la aurora de la humanidad y los orígenes, y escuchando los sonidos de un sol adolescente, los sacerdotes y los matarifes divinos, degollando a la doncella desnuda, entre las hogueras y los cuchillos...

La teja caldea y el ladrillo fundamental de la Mesopotamia, cuando humean las chimeneas de mis huesos, suspiran.

Sobre la gran cebolla incendiada de los difuntos de Chile, sobre las parrillas y las cazuelas, que empuñan su guitarra de Agosto, el chacolí del siglo aletea en las tinajas que yo comprendo, y a las que les pregunto y les arranco a puntapiés, el sentido de la naturaleza.

Aúlla la lluvia, como una gran bestia preñada, a la cual le partieron el vientre, el asno en celo del ventarrón, le responde con rebuznos tenebrosos, y el río bala tremendamente a la vaca de la noche, en la que la última águila pare dos perritos blancos; yo no entiendo la naturaleza, el horrendo y esencial misterio de la brutalidad desencadenada, el corazón inocente y asesino del mundo, el átomo de sangre, en sangre concebido y en cuchillas y gargantas, los ancianos propietarios, abriendo su hocico de panteras, y agarrándose a los toneles, que son las raíces de las escrituras, y las carabinas de la ley, ellos, los perros tremendos, con chaleco de lana, fornicando en los escusados a las hermosas señoras católicas, que poseen un sexo de rosa, enormemente florido de marisco divino, con el misterio de la reencarnación entre las piernas de la lengua, o los soldados que le desgarran a mordiscos los testículos al enemigo; el sol corrompe a las azucenas, las mea y las ordeña, como a viejas rameritas un fraile obeso, la luna arrasa con los iluminados, envenenándolos, y alucinándolos,

con su leche de cobre oxidado, en la cual cien monedas de humo se suicidaron, ahorcándose.

Un caballo se saca los zapatos y dice misa ante el altar del Señor, una joven mula le está mostrando sus calzones, y el león de los magos y los santos le pasa la lengua por el trasero, mientras el Altísimo, desde lo altísimo, se hace agarrar las barbas sagradas, por el más homosexual de sus arcángeles,

Adentro del yo subterráneo, entre terribles sangres sublevadas, aúllan, gravitan, pelean, dragones y volcanes y leones muertos, orangutanes y pitecantropos con difuntos dioses que son vacas, cebollas, piedras, espíritus de idiotas en deshonra, vasijas, historias, tonadas, palomas, crucifijos, vientres de mujeres, fenómenos, vísceras, relámpagos, sapos con zapatos de pescado, gusanos, estropajos, marranos, ídolos que mean fuego, íconos acoplándose a perras sangrientas y a sacerdotes celestiales, por el año, polleras de religión y chanchas, santas, tremendas, inmensas rameritas divinas, preñadas por monos sagrados, enucos de palo de tonto, representantes de Dios, que parecen putas locas, maricones con cabeza de angelito, serpientes que devienen jueces o escualos o sardinas o mujeres de onanista o de sodomita o sandías o bandidos u obispos masturbadores o notarios amancebados con conejos satibatistas, pederastas, anarquistas, borrachos con apio de maricón, calientes, hediondos, feroces, como todos los cobardes, sí, en el océano hermético del instinto, en el pantano del instinto, en el socavón, en el arcano del instinto, en el estercolero fenomenal e incendiado, gritan las ruinas de todas las cosas, las ruinas de los siglos malditos y las ciudades acuchilladas por los guerreros a caballo, las ruinas de los barcos anclados en el mar vacío, los esqueletos de los cementerios de todos los pueblos y los tiempos, las esperanzas despedazadas de los naufragos, sobre los cuales se levanta la soledad oceánica y sus siete columnas, el grito de piedra de luto de los expatriados y los procesados, el alarido inhibido de los calabozos, en los que lo lóbrego es eternamente lóbrego en el arrenal de los presidiarios, el sollozo final de los últimos pájaros de las islas, el canto de guerra de los aborígenes y su tam-tam lúgubre, de rellejo de difunto, a cuyo son tremendo están danzando los adolescentes, la mirada infinitamente macabra del buey al cual degüellan, en sus pajares natales, el aullido de los esclavos y los parias sociales, los explotados, los ofendidos, los humillados por la ley de Dios, y los hombres, las prostitutas y los vagabundos, los niños perdidos en los abismos de la sociedad burguesa, el ladrido de los ladrillos de las tumbas, el infinito clamor extraído del infinito horror, de los que mueren jóvenes, el sollozo de los troncos y los templos que quedan vacíos, el lamento, enormemente tremendo, de todos los hombres de todas las razas de todos los pueblos de todas las lenguas, agonizando entre bramidos y crugidos de historia, el grito de la ceniza del Dios único.....

Horror de pensar, horror de vivir, horror de crear, horror de morir, horror de engendrar, horror de amar y de todas las cosas, horror de escribir y no escribir, horror de la naturaleza, horror del ser humano, horror como individuo, horror como sociedad, horror como universo, horror de la verdad, la bondad y la belleza, horror de horrores todo, porque todo pasa y nada subsiste, sino el horror del horror y la nada vacía, horror de la felicidad, horror de la inmortalidad, horror de la celebridad, horror de la tristeza y horror de la grandeza y la miseria social y la miseria psicológica y la miseria moral, horror del pasado, horror del futuro, y horror de todos los pobres del mundo, horror de LOS EXPLOR-

TADOS y horror de los HUMILLADOS de la tierra,  
horror de los que no nacieron y murieron, horror de los muertos y  
los hijos de los muertos y los hijos de los hijos de los  
muertos, y los hijos de los hijos de los hijos de los muer-  
tos,  
horror de los niños, horror de las mujeres, horror de los viejos, ho-  
rror de las naciones, los pueblos, los países, que son en-  
gendrados en el horror y vegetan en el horror y son  
destruidos en el horror y, encima del horror perecen,  
gritando, a caballo en sus intestinos;  
horror de estos horrendos hechos del horror que, horrorizado, yo  
formulo... ..

Ruge la muerte, galopa su sombrío caballo, por adentro de la  
memoria del mundo,  
y nosotros nos vamos rodando, apróximando a su gran órbita indes-  
criptible, en la cual aúlla el abismo, girando sobre el  
abismo, y llueve para siempre,  
nó, agarrémonos a la sangre social, a la suerte, que es el bramido

del principio,  
agarrémonos a la voluntad y su gran espada desenvainada, aunque  
nos cortemos los dedos, tremendamente erizados,  
agarrémonos a los propios ladridos de la derrota;  
soldados sangrientos, sudando, o como llorando, encima del desfi-  
ladero del espanto, conquistadores cabalgando su esque-  
leto, piratas de la más tremenda carnicería sin enemigos,  
nuestros crujen hierros de inútil configuración guerrera,  
y los cascos sagrados reposan sobre cráneos tristes de burgueses;  
salud, ¡oh! viejos carajos de la utopía,  
revienta la hora en la cual tienen los dientes la primacía de la  
calavera,  
y el pasado es un andrajo de borracho,  
la naturaleza está caída e inexpresable, como un rostro milenario,  
y las cosas aprietan las mandíbulas.

Desde el oriente, el sol empuña su garrote de idiota,  
yo estoy mirando mis ojos, en torno a la naturaleza, ulular como  
dos demonios,  
y el espanto está parado frente a frente... ..

# LOS DIAS Y LAS NOCHES SUB- TERRANEAS

Como a una espalda de años, la azota la cadena del mar, y ruge,  
cuando la gran águila roja, por la cual caminan todos los muertos  
del mundo, cavando sus sepulturas, estremece el atar-  
decer ululante,  
mi palabra de sol, sentada como montaña.

Tú, entre navíos y fusiles,  
desnuda como un puñal de oro, con sólo un ojo en la cabeza de  
plata santa,  
con la lengua untada de miel y chirimoyas,  
expandiendo el maíz y el frejol y las chichas y las fogatas y las  
hojas de Marzo,  
rodeada de maderas y gallinas y flores y buques y reyes  
sentados en la funeral piedra, a la puerta de los pueblos antiguos,  
comerciantes en aceite,  
con tus tres retratos en la cara.

Ganados y canastos, la gran azúcar negra del crepúsculo,  
de donde emergen los cuervos, estrellándose contra los cementerios  
subterráneos, contra los cráneos de Dios en la tiniebla,  
y, adentro del cual las azucenas paren lagartijas,  
o pescados de sangre y de muerte, llenos de lluvia, como los casta-  
ños del Sur de Francia,  
o estrellas de vidrio o palomas o la agricultura...

Sí, naciente, relampagneante, surgente,  
a la manera de las pataguas llenas de torcazas del año,

y también religión en los viñedos,  
cubres mis poemas, la cuchilla social, el amor, la tinaja eclesiástica,  
en donde arde y ruge el vino,  
poderosa, Winétt, estrellada por el grito del cielo,  
clamante, como un álamo trágico, a la entrada de la estación caída,  
viajera de los abandonados pueblos y los cortijos,  
en los que murieron los dueños, y todo es pasado, antepasado, pre-  
térito, como el último lanchón de las bahías,  
y llegas, cantando la tonada matemática de las cántaras,  
toda de humo, fina, sin tiempo, guinda de aquellas huertas immen-  
sas, que engendran la primavera.

Sobre algas fuertes, como sexos o coyunturas,  
y árboles submarinos, cargados de moluscos y pescados y patos  
santos y canarios de océano,  
gravita tu cabello adolescente.

Un caballo mineral galopa la historia,  
y ha anelado un gran navío en tus pupilas, un gran navío empa-  
vezado de banderas corsarias;  
soy como forjado a cuchilla,  
hecho a balazos o a hachazos, con la herramienta de piedra de  
las cavernas,  
con el combo de los herreros,  
con el puñal de los que afrontaron la suerte y la muerte, cruzados  
por el cinturón de los héroes,  
con la voluntad afilada del cazador de tiburones o de elefantes,

con la mochila del espía y el pecho de hierro y cruces del soldado y del pirata,  
con el elemento colosal del panfletario,  
del orador de masas, del político dramático, que tiene un dedo de fuego,  
con la espada del alacrán, clavada  
en las entrañas de Dios, como un corazón colorado,  
o una gran idea,  
con las plumas de los recuerdos extranjeros,  
con el león de ceniza, que está rugiendo en la soledad de las culturas,  
con el gacete de los asesinos,  
con el canto enorme y augural de los carreteros, de los arrieros,  
de los palanqueros de la aurora...

Aquí, el chacal de los presidiarios siberianos, aúlla,  
el toro del Sinaí, la lepra judía y el estereolero de diamantes elementales,  
las tetas hinchadas de sol, entre los cuernos de Dionisos,  
el desierto de asfalto sin ruedas, fruta de goma regia y vientres de serpiente o ídolo o ébano,  
el tambor de cuero de muerto de los guerreros del occidente,  
el veneno renacentista, en la azucena de esmeralda y ópalo de las marquesas, que arden perfume y sexo,  
el tam-tam oscuro y precolombino.

Palparás las entrañas del cielo y del mundo,  
oirás su grito de piedra, cortado y desventurado, sin lágrimas,  
porque el hombre creó el dolor y el sueño,  
sentirás cómo te crece, entonces, un gran árbol infinito y amarillo  
en medio de la lengua,  
cómo Tamerlan y Lenin, te saludan desde la muerte,  
y cómo tú comprendes por qué el héroe bolchevique es imprescindible para, en carne y sangre entrar a la historia,  
entendiéndola,  
cómo se refieren el mundo, el sol, el trigo, en el pan cotidiano...

Con sólo andando el Gran Poema, en el vértice de vértices irás distribuyéndote,  
haciéndote cosas y sombras y espíritu,  
tú, que eres una canción pura, de torrentes y finos puñales,  
tú, que empuñas la bayoneta florecida del himno,  
tú que vienes, siempre, desde el origen de los números, entre terribles pieles de víbora,  
y estás en la libertad crucificada,  
bajo el signo social de la hoz y el martillo, y la persecución de los antros malvados acosándome, desde el pelele.....

Guitarras sin figura, como pájaros viudos,  
cantan en las almenas, en las murallas de la edad del tiempo,  
y el sol ruge como un toro.

# Y O C O N T R A Y O

¡Qué tempestad, qué corazón, qué buitre enorme, vestido de  
piedra,  
un silencio de espectros de la base humana, de las orejas de la  
materia, del vértice dramático,  
y un sol náufrago, condecorado de alaridos!...  
¡qué responsabilidad de masa inútil y acuchillada!  
¡entre vestiglo y banderas,  
un hombre y un mundo, los dos ladrando a la última luna de los  
últimos de los últimos crepúsculos,  
y aquella gran cuchilla de laureles, que parece, enormemente,  
un racimo de uvas, un vientre de diamante, dividido en tres  
mitades, un saco de muertos  
y de edad, en la milenaria tiniebla!...

Entre águilas y espadas,  
águilas y guitarras,  
águilas y manzanas, y un puñal gótico.

El costillar del Faraón, desde el cual ruge un río de licor fu-  
neral, coronado de moscardones, de ataúdes, de cora-  
zones negros con azul adentro, de costumbres y de na-  
ciones milenarias,  
el dedo inmóvil del caballo de Atila,  
la vejez de tambores de pellejo de esclavo, en la cual naufragan  
las barbas de Jehová y sus ejércitos, a la orilla del río  
enorme, en donde braman las tumbas de los líderes,  
la tremenda corneta de oro, que tocan los guerreros muertos, en  
el Invierno de Shangay, el grito

de Sócrates, cuando la intimidad desgarró la serenidad socrática,  
como una enorme tromba del océano, las mejillas del  
niño, y las naranjas,  
la caballería colosal, que galopa los crepúsculos del dios abandonado,  
—El Buda, El Cristo, el Wetam, el Júpiter, todos con olor rojo a  
cebolla, a sexo, a paloma, a orangután humano, a ca-  
verna, a asesinato en las montañas—,  
y desgarra con los cascos manchados y entangrentados, la sábana  
de la mar eterna,  
el bramido de los imperios muertos, entre cenizas y batallas, su-  
jetando los pájaros del sol con las mandíbulas,  
la santidad de hueso viejo de las multitudes heroicas,  
que nacieron, crecieron y murieron, con el resplandor de Dios,  
inútilmente florecido en las pupilas,  
aullantes de eternidad y terror animal ante la muerte,  
estrellándose, azotándose, derrumbándose contra las guillotinas,  
sagradas,  
hambrientas, entre azotados y ahorcados,  
el moscardón sin alas, que bramaba, rugía, gritaba en la soledad  
del Eclesiastés judío,  
la pluma tronchada y feroz de los poetas anónimos,  
el regimiento espantoso de la Catedral, avanzando, contra los ele-  
mentos...

¿Por qué, y en qué depósitos de material podrido y obscuro,  
en cuál fábrica roja, establecida en las entrañas del ser y su ímpetu,  
me voy a asesinar, degollándome, con mis propios errores,  
dejando los sesos botados en los nidos de los mitos, en su terrible

llama de plata, toda espectral, y sola y toda rota eternamente?... ..

Cruzando lo milenarío, me ascienden desde el vértice, pueblos y látigos y yugos,  
el cráneo del hombre de Neanderthal, esqueletos que recuerdan, entre cavernas inmemoriales e hilachas de siglos, la llaga social de los grillos y el azote de la humanidad, sepultura y ataúdes,  
en los que florece el rosal del amor todavía,  
tumbas de niño, que poseen un roble o un sauce de zafiros, por relámpagos incendiado,  
o un trueno de oro, que estalló en el atardecer terrible,  
o una gran botella, a la cual le desgarró las entrañas santas el rayo, países con la cabeza en el vientre...

La angustia está parada aquí, medio a medio del medio a medio, cara a cara, frente a frente del frente a frente, truenan las lágrimas por el rostro del mundo, con un sonido de carretas de cosechas, o con un bramido gutural de los adoradores de animales,  
y en los barrancos de Dios, aúlla el muerto.

Sí, vivir y escribir y morir, solo,  
hilando entre los dedos sombra, y sombra de sombra,  
arañando sombra, escarbando sombra,  
comiendo sombra, mordiendo sombra, diciendo sombra,  
entre sombra y sombra,  
tenebrosamente, hoyando lo inclinado, lo tremendo, lo desgarrado del límite,  
que comienza y termina en la obscuridad absoluta!... ..

Tú, y tu alma de anillo en flor o de serpiente cristalina, están conmigo, a la ribera del océano, mirando cómo rugen los cadáveres, mundo abajo, cómo se derrumba el envigado del universo,  
y, en la santidad de tu cabeza hay tinieblas,  
y cenizas de volcanes muertos y soles y ciudades hundidas en la desgarradura colosal de la desgracia,  
y un crepúsculo, en el cual zarpan, llorando, los barcos del mundo, porque tu pelo conyugal toma el énfasis triste y grande del árbol que da semilla, y refiere una gran fábula a los corderos...

La orquídea sensual y satánica, que posee un sexo enérme y caliente de virgen viciosa,

el Moscú de oro y sangre y barro, en el cual bramaba el falo de Pedro el Grande,  
la civilización hedionda y oscura, con pelos tremendos, y pequeñas ubres de andrógino, en su masculinidad terrible, el sapo de fuego, que babea la religión, la llama y la planta velluda, negra, color sangre negra, con cerebro negro y sobacos, el hígado azul y fundamental de las montañas,  
lo que me es presente y terrible, castigándome, como los pescados sin ojos, que viven las en tinieblas.

Tengo mi pueblo edificado en los sollozos,  
a la orilla de la locura, entre enormes vientos y enormes fuegos y enormes cielos de acero,  
que se desgarran, como los vestidos de la chirimoya,  
de la misma manera que el corazón de los héroes, que es como un animal aparte, escarbando las entrañas desesperadas, arrasando la habitación sangrienta de lo heroico;  
cantando en miel, echas tu flor de durazno y tu gran primavera nevada,  
tu actitud de azúcar de higo o de vino asoleado,  
tu abecedario, plantado de manzanos y cerezos, en los que lloran las tinajas de Junio y Julio, y maúlla el pabellón del Otoño;  
es el horror de comprender que atardece,  
que, irremediamente, el occidente se llena de esplendor doloroso, y un vagabundo son afila sus cuchillas en los pueblos del cielo,  
que se acerca la calavera en su carro de Francia,

y el ornamento de terciopelo, que da al funeral la calidad de los siglos

emplazando al oro oxidado de las marchas mortuorias, que las personas del barrio no existieron nunca entre sus panaderías y sus proverbios,  
porque no existió sino lo que fué subjetivo,  
y no existimos nosotros, más que, apenas, en la irrealidad vecina, no existimos sino en su existencia, sino en sus seres abstractos, crucificados  
en la órbita de las apariencias,  
entre los dos murciélagos, a los que se les caen las hojas ahora;  
y es inútil empuñar la soledad y azotar el siglo,  
o detenerse, de repente, a la orilla de la propia cabeza, interrogándola,  
porque nadie le responde a un muerto.

Jamás ya tornarás desde afuera, te buscaré, inútilmente, en los mundos,  
porque tú eres yo mismo, yo solo, yo vivo, y tu cielo de tal manera es mi cielo, y el cielo de mi aldea,  
que, arañándome el corazón, te quiero sacarte de sus entrañas, Winétt, para besarte, contra mí mismo,  
a espaldas de mí mismo, a orillas de mí mismo, entre los cerezos y los viñedos, que remontan la bala remota del espanto, a la grupa de cien bueyes de luto,  
semejante a quien se sacase los ojos para verlos, o a quien buscare a Dios entre los hombres.

Andrajos y degüellos, la santidad genital de los mártires, los dioses cabrios, peludos, sangrientos, en los que la sexualidad revolotea, como una gran salamandra deslenguada y la oración bestial que le desgarró el sexo a la virgen,  
el himno social, el canto coral con las entrañas ensangrentadas, desenganchadas entre los cultos fálicos,  
la misa mágica, erizada de maquinarias sexuales y símbolos tristes, y vestiduras, que emergen entre casullas y liturgias el narciso feroz del sacerdote,  
el orangután caliente y sagrado,  
—sangre—vino, pan, vino—sangre, y el resplandor satánico y dramático del cáliz, todo lo complejo y subterráneo de la unidad, todo lo todo, que aúlla y está ardiendo y gimiendo en lo pretérito.

Exáctamente, por eso, adentro de mí, está rugiendo el estómago del petróleo, y la copula del mineral se enciende, abriendo sus babas azules, y grita la electricidad, y la historia de las entrañas del universo revienta en las violetas de Agosto, en los pulpos y los cerdos del poema,  
en el amor animal de las amapolas literarias, que son horriblemente corrompidas, horriblemente arbitrarias, horriblemente enemigas de la naturaleza,  
y, cuando yo desgarró el lenguaje, es porque en mi corazón se rajan las montañas,  
o están pariendo las leonas, sí, las leonas que paren banderas y cuchillas en los patíbulos.

Al anochecer, se confunden la espada con la violeta, el que peleó en cien batallas y el truhán, son dos crepúsculos tremendos,  
en los que el tambor de Dios toca sus marchas lúgubres, a la orilla de un camino, en donde los viajeros son muertos, viejos muertos que conducen muertos;  
y cae el héroe, con sus hilachas y sus medallas, de la misma manera titubeante, a igual abismo sin ventura, sin esperanza, sin grandeza,  
sólo, como toro en campos de matanza.

Todos son vencidos por todos: el coolí milenarío y degollado, que se pasea, sin cabeza, en la multitud histórica, el que jubiló en la plaza pública, celebrando la primavera familiar de las criadas,  
el que iba llorando, desde Madrid-París-Berlín, al Stalingrado colosal, y, orinó en las ciudades del Bósforo y del Bál-

tico, la gonorrea perniciosa, que le regaló el amor de la Mesopotamia,  
el que sintió aullar el hambre en las entrañas, y, al estirar la mano, recibió un insulto o un latigazo o un escupo en la cara, el héroe-héroe, al cual las muchedumbres eminentes le regalaron una gran casa dorada y un sepulcro, precisamente, allí, en donde convergen todos los caminos del mundo, en el que se pudrirá dichoso,  
el que fué un traidor a su clase y a su madre, como Marcos Chamudes,  
y el que suspiraba en las provincias, entre naranjas y violetas y tinajas, siempre como de novio con las aceitunas, o fué un hereje, un apóstata, o un idólatra, a quien mordieron los perros, las mujeres y los pueblos,  
el tonto de plata o de piedra, que se parece, enormemente, a Neruda, el lacayo, el basurero, el verdugo, el Presidente de la República, el policía, el bien llamado Lenin, Lenin, el más grande entre todos los hombres y los dioses,  
el que siembra oro, en tierras de oro y siega oro con cuchillos de oro,  
manejados por esclavos negros, por obreros negros, por hambrientos negros, por enfermos negros,  
traicionados por los krumiros,  
y el que vive a la sombra de una mujer, de una nación o de una vaca, y el que se arrojó contra las trincheras del capitalismo, y se desgarró las entrañas, como comunista, y el santo de los suplicios, con Dios crucificado en la endocrinología,  
y el que empuña la epopeya de los regimientos,  
y el que mata a la amada, y se mata, disparándose un tiro de montaña, destrozándose las quijadas, a patadas, furiosamente, el bolsudo y el cornudo, que se orina en sus queridas, como los perros de las esquinas del barrio,  
y el que nació con la barba crecida, y murió, ha setenta mil años, en una gran batalla, en la cual cada cual fusilaba su

corazón, el niño y el viejo, la hermosa mujer y el fantasma y el artista,  
que iba montando un caballo de sangre, al cual le resonaban las herraduras europeas,  
todos, espantosamente todos, horrorosamente todos,  
el que, en función de pensar, agarró a dentelladas a los ídolos, haciéndose iconoclasta, porque lo puso furioso el espíritu,  
y el luchador social, lamido de vacas,  
todos, apabullados, agachados, arados de años y desventura, acogotados de terror y sudor, arañando las apariencias, escarbando las apariencias, se derrumban en la muerte, sudando, todos,  
y llenan de ojos la tremenda noche de los cementerios.

La tragedia social araña nuestras espaldas,  
y el significado de acordeones indecentes, que poseen los andrajos desventurados, que el capitalismo arroja a las alcantarillas del invierno,  
como huesos para muertos, como golondrinas degolladas, o como gloriosos estandartes de podredumbre,  
nos golpea la persona, la personal congoja, la historia de incertidumbres épicas, y el drama inútil que somos,  
a la manera del vendimiador, cuando estruja las uvas.

Retorna la flor del siglo con su vestido de muchacha;  
sin embargo, nosotros no comprendemos sino el otoño, el otoño y sus puñales de hambre y oro, apuñaleando un clamor pasional, el otoño, en el cual se degüellan los potros,  
el otoño, que tiene los pies helados . . .

Humean las fogatas del atardecer de los recuerdos,  
huele a pan y a angustia el sol asesinado, y suenan las cadenas,  
y los grillos malditos de los presidios,  
la órbita mundial, sellando sus candados emerge, y brama el cadáver de los adioses . . . . .



REGISTRADO EN LA OFICINA DE PATENTES Y MARCAS  
N.º 10.000

# LA IDEA

Diario de la mañana fundado el 18 de Diciembre de 1941

OFICINA Y TALLERES  
Yanga 587 - Casilla 1-D  
(Edición de 4 Páginas)

AÑO I - N.º 118

CURICO, DOMINGO 12 DE JULIO DE 1942.

PRECIO \$0.40

## Pablo de Rokha hablará

esta tarde a las 5 en el local del Club Radical.-Reina gran entusiasmo por oír su interesante disertación

GREGORIO CONTRERAS P. DIRECTOR  
POLIDORO ALARCON C. GERENTE

# LA IDEA

Diario de la mañana fundado el 18 de Diciembre de 1941

OFICINA Y TALLERES  
Yanga 587 - Casilla 1-D  
(Edición de 4 Páginas)

AÑO I - N.º 119

CURICO, MARTES 14 DE JULIO DE 1942

PRECIO \$0.40

## Contra el Nazifascismo

internacional y por la defensa de la Democracia habló al pueblo de Curicó Pablo de Rokha en el Club Radical el Domingo último

Ante una importante y vasta concurrencia que se congregó en el Club Radical a las 5 de la tarde, Pablo de Rokha, el gran poeta, escritor, anti-fascista de Chile, analizó profunda, concreta y oportunamente el problema del nazi-fascismo y la Quinta Columna en Chile.

De Sara Perrin de Oodoy

### Pablo de Rokha, contra el fascismo

Hace días que se escuchan entre nosotros este período vibrante a su reputación, pero es como una voz nacida en el espíritu de este b

ducción y de la Caja de Crédito Municipal que estaban desarrollando un plan de capital industrial, por el Gobierno del Frente Popular chileno. Este auto-análisis polémico de la política honrada y sincera del actual Ge-

UN ÉXITO REVISTO LA CONFERENCIA

QUE PABLO DE ROKHA DIO CONTRA EL PELIGRO FASCISTA EN VALPARAISO

## La Tribuna

Inter Diario de la Tarde

Precio del ejemplar 40 centavos

AÑO VII Rancagua, (Chile) Jueves 25 de Junio de 1942 N.º 1

### "Chile contra el FASCISMO" será el tema de la Conferencia de Pablo de Rokha en Rancagua

LA DARA EL DOMINGO

El conocido escritor ha desarrollado una interesante conferencia en la campaña contra el fascismo en diversas partes del país.

## Defensa

0.40 CTVS.

Jueves 28 de Mayo de 1942

### Acto de masas habrá mañana en el Caupolicán: Habla Pablo de Rokha

SE EXHIBIRAN, ADEMAS, SEIS NOTICARIOS DE LA GUERRA

El domingo, y ante una multitud concurrencia compuesta por intelectuales, hombres de estudio y directores obreros, el escritor y poeta nacional, señor Pablo de Rokha, dio una conferencia en el Teatro Conde de este pueblo acerca de "Chile contra el fascismo".

SEIS NOTICARIOS  
De trata de un acto esencialmente de masas, pues la conferencia irá acompañada de la exhibición de seis grandes noticiarios de la actual guerra que de ellos corresponden los índices y los noticiarios.



PABLO DE ROKHA

### Pablo de Rokha, Gabriel González Videla y Fernando Binignat hablarán el Dgo. 22

Toma cuerpo la cruzada contra el Fascismo

### Pablo de Rokha Conferencista

Pablo de Rokha, el grande y macizo poeta y escritor de "Merlotía del espanto", "Gran temperamento", "Heroísmo sin alegría", "Canto de Trilochera", "Escritura de Rimando Contreras", "Oda a la garbota de Gorki" y el poema "U"; el poeta chileno de prestigio mundial y al que el gran dramaturgo norteamericano E. R. Hays, cita en la revista neoyorquina "Decision", como uno de los autores, cuya obra sitúa a Chile como el centro de la poesía de la América Latina, ha ubicado su posición en la tribuna del conferencista y se apresura a recrear en toda su longitud el historial de nuestra República.



### PABLO DE ROKHA REVELARA SECRETOS DETALLES DE LA MANIOBRA FASCISTA

HA INICIADO UNA SERIE DE CONFERENCIAS POR TODO EL PAIS.

El escritor chileno Pablo de Rokha, desde el 1.º de marzo una serie de conferencias y para tal objeto se trasladó al vecino puerto, donde dará conferencias a propósito de cultura y divulgación de temas de palmaria actualidad. Después de haber conferenciado en Valparaíso y Viña del Mar, y continuará al norte del país.

### AL PUEBLO DE CURICO

El gran poeta de Chile y escritor de América PABLO DE ROKHA, hablará mañana domingo desde la tribuna que ofrecen los salones de la Asambla Radical de Curico, casa de CRUZ y BAQUEDANO.

Empresario es una gran cruzada nacional anti-nazi-fascista por la defensa de la Democracia, de la libertad, y de la cultura y el creador de "GRAN TEMPERATURA" y otros libros más, ocurrencias por la crítica americana y mundial entre los más lúidos de su época, se planteará todos los problemas de la nación chilena en su conferencia y actuará en muchos puntos.

El genial poeta... los peligros señalan... Esta noche, acto de democrática...

### ESTA NOCHE A LAS MASAS DE SANTIAGO, CON CLARIDAD

PABLO DE ROKHA HABLARA... El escritor y literato Augusto D'Ignazio hizo la presentación del conferencista, realzando la sinceridad que siempre ha caracterizado a Pablo de Rokha, logrando atraer a una gran concurrencia.

El pueblo vera films de la guerra y oira a Pablo de Rokha... El acto de masas se celebró en el Teatro Caupolicán, donde se exhibieron seis grandes noticiarios de la guerra.

El pueblo vera films de la guerra y oira a Pablo de Rokha... El acto de masas se celebró en el Teatro Caupolicán, donde se exhibieron seis grandes noticiarios de la guerra.



El pueblo vera films de la guerra y oira a Pablo de Rokha... El acto de masas se celebró en el Teatro Caupolicán, donde se exhibieron seis grandes noticiarios de la guerra.

UN ENORME INTERES

despierta en nuestra ciudad el anuncio de la charla que dará mañana en el Club Radical, el poeta Pablo de Rokha.

Como ya hemos venido anunciando reiteradamente, la tarde de esta noche, a las 5, se celebrará en el Club Radical, la conferencia de Pablo de Rokha, a fin de retomar nuestro interés sobre Pablo de Rokha, el gran poeta, escritor, anti-fascista de Chile, y a continuación, la oportuna opinión de